

ISSN: 1852-0723



CUBA ARQUEOLÓGICA

Revista digital de Arqueología de Cuba y el Caribe



Año V, núm. 1, enero-junio, 2012
www.cubaarqueologica.org

Cuba Arqueológica

Revista digital de Arqueología de Cuba y el Caribe

Año V, núm. 1, enero-junio, 2012

Coordinador

Odlanyer Hernández de Lara
Cuba Arqueológica

Corrección de textos

MSc. Natalia Calvo Torel
Lic. Alina Iglesias Regueyra

Comité Editorial

MSc. Silvia T. Hernández Godoy
Grupo de Investigación y Desarrollo de la Dirección Provincial de
Cultura de Matanzas

MSc. Daniel Torres Etayo
Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología

Lic. Iosvany Hernández Mora
Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey

MSc. Jorge F. Garcell Domínguez
Departamento de Patrimonio, Centro Provincial de Cultura,
Mayabeque

Consejo Asesor

Dr. Roberto Rodríguez Suárez
Museo Antropológico Montané, Universidad de La Habana

Dr. Carlos Arredondo Antúnez
Museo Antropológico Montané, Universidad de La Habana

Dr. Jaime Pagán Jiménez
EK, Consultores en Arqueología, Puerto Rico

MSc. Divaldo Gutiérrez Calvache
Grupo Cubano de Investigadores del Arte Rupestre

MSc. Alfredo Rankin Santander

MSc. Jorge Ulloa Hung
Museo del Hombre Dominicano

Diseño

Odlanyer Hernández de Lara

Traducción

MA. Alfredo E. Figueredo
Lic. Boris E. Rodríguez Tápanes

Colaboradores

Lic. Boris E. Rodríguez Tápanes
Lic. Santiago F. Silva García

Contacto

San José 240. CP. 1076. Ciudad Autónoma
de Buenos Aires, Argentina.
Calle 135 No. 29808 e/ 298 y 300. Pueblo
Nuevo, Matanzas, Cuba.
revista@cubaarqueologica.org
www.cubaarqueologica.org

Portada

Estructura de piedra excavada en el sitio de
Pueblo Viejo de Nuevitas, Camagüey, Cuba,
del texto en este número de Iosvany Hernán-
dez Mora.

Los artículos publicados expresan únicamen-
te la opinión de sus autores.

Evaluadores de este número: Lisette Roura
Álvarez, Alfredo E. Figueredo, Jaime Pagán
Jiménez, Odlanyer Hernández de Lara.

Revista indexada en:
DOAJ, Dialnet, e-Revistas

*Cuba Arqueológica. Revista digital de
Arqueología de Cuba y el Caribe* es una
publicación de frecuencia bianual, surgida
en el año 2008. Su objetivo primordial es la
divulgación científica de la arqueología, la
antropología y el patrimonio.

Editorial	4
------------------	----------

ARQUEOLOGÍA

Lenguas indígenas del Caribe. / Julian Granberry	5
---	----------

Sistema de asentamiento de las haciendas cafetaleras en la Sierra del Rosario (1790-1850), Artemisa, Cuba. / Henry Fernández Alomá	12
---	-----------

¿Masculino y femenino? Representaciones del género y el poder en los andes venezolanos. / Carlos Escalona Villalonga	20
---	-----------

DESENTERRANDO el pasado

Excavaciones en la Finca de Dos Marías, Camagüey, Cuba. / Hale G. Smith	32
--	-----------

NOVEDADES arqueológicas

Primera campaña de excavación en Pueblo Viejo de Nuevitas, Camagüey, Cuba. / Iosvany Hernández Mora	34
--	-----------

Nuevos hallazgos arqueológicos en Mayabeque. / Jorge F. Garcell Domínguez	38
--	-----------

Arqueología histórica en contextos fundacionales de la ciudad de Matanzas, Cuba. / Ricardo A. Viera Muñoz y Leonel Pérez Orozco	41
--	-----------

¿Habrá un cambio de paradigmas en torno a la Historia antigua de Cuba y su Cultura? / Lohania Aruca Alonso	45
---	-----------

RESEÑA de libros

Una de las muchas lecturas del libro 'Rethinking Puerto Rican Precolonial History', del doctor Reniel Rodríguez Ramos. / Jaime R. Pagán Jiménez	49
--	-----------

NORMAS editoriales	60
---------------------------	-----------

Editorial

La difusión de las investigaciones arqueológicas en Cuba y las Antillas, sigue siendo nuestro principal objetivo, ya sea a través de nuestra revista o del sitio web. En este último, el flujo de información es mucho más dinámico, con fuentes que abarcan un amplio espectro. Podría decir, tergiversando un poco el dicho popular, que en la fuente está el peligro.

La comunicación de la ciencia en los medios de prensa suele estar presentada de manera sencilla, a veces simplista, para lograr un acceso masivo a la información, aunque también se puede apelar a una poca profundización de los contenidos, por cuestiones que merecen estudio, pero no en este espacio. Ello, en muchas ocasiones, afecta el contenido de lo comunicado, o se distorsiona lo importante de la noticia. Pero, de una forma u otra, es significativo el contenido de lo que se da a conocer, y por lo tanto, vale la pena difundirlo.

Lamentablemente, pocos investigadores se toman el trabajo de hacer una crítica de estas comunicaciones masivas que atraviese el umbral de su escritorio, o que traspase el cerrado círculo de la comunidad científica. Si bien es importante comunicar, hay que hacerlo de manera comprometida y una forma de hacerlo es precisamente la crítica constructiva a la información que se difunde. Ello contribuiría a enriquecer el acervo de la sociedad respecto a la ciencia, especialmente a la arqueología, de la que se conoce poco, al menos en las Antillas. Por ello, nos hacemos eco de las novedades del mundo arqueológico antillano y caribeño, con la esperanza de que el discurso sea objeto de distintas miradas para ennoblecer el espíritu de la ciencia y el conocimiento de la sociedad.

La otra vía de comunicación es la revista Cuba Arqueológica, de la que presentamos la octava entrega. Si bien está dirigida a un público especializado, es de acceso a todos y todas, lo que permite que el lector curioso se adentre en este mundo de terminologías complejas, cada vez más distante de la sociedad. En esta ocasión, con trabajos que abordan distintas problemáticas caribeñas, agradecemos a los autores por contribuir a la continuidad de este espacio.

Pero no quiero cerrar esta presentación sin antes dedicar un instante al fallecimiento del destacado investigador dominicano Elpidio Ortega, que nos sorprendió comenzando el año. Su muerte despoja a la ciencia de un trabajador de las ideas que dedicó muchos años a la arqueología, la historia y el patrimonio. Otro baluarte de las Antillas nos abandona, pero queda su importante obra, como aporte al conocimiento de nuestro pasado. Este número de Cuba Arqueológica lo dedicamos a su memoria.

Odlanyer HERNÁNDEZ DE LARA
Coordinador

Lenguas indígenas del Caribe

Julian GRANBERRY

Language Coordinator with Native American Language Service in Florida (Estados Unidos de América)

E-mail: jlngrbrr@live.com

Traducción: Alfredo E. Figueredo

Resumen:

Durante el tiempo de la intervención española en el Caribe, había siete diferentes comunidades de lenguas en las islas caribeñas. Una reconstrucción de los eventos en estas islas arroja cinco migraciones distintas de lenguajes. Algunas migraciones internas de lenguajes se sugieren. Este esquema lingüístico está en acuerdo con las fuentes etnohistóricas y ayuda a explicar la arqueología.

Palabras clave: arqueología, etnohistoria, islas del Caribe, lingüística.

Abstract:

During the time of Spanish intervention in the Caribbean, there were seven different speech communities in the Caribbean islands. A reconstruction of events on these islands posits five distinct language migrations. Some addition internal language migrations are suggested. This linguistic scheme currently agrees well with the ethnohistory and helps explain some of the archaeology.

Key words: archaeology, Caribbean islands, ethnohistory, linguistics.

Durante el tiempo de la intervención española en el Caribe, habían siete diferentes comunidades de habla en Las Antillas: (1) *Ciboney Taíno* en La Española (el centro y sur de Haití), toda la Cuba central, todas las islas Lucayas, excepto las del sur, y Jamaica; (2) *Macorís*, en dos dialectos, en la sección norte de la República Dominicana en La Española; (3) *Ciguayo* en la península de Samaná del nordeste de La Española; (4) *Guanahatabey* en la provincia de Pinar del Río del extremo occidental de Cuba; (5) *Taíno Clásico* en La Española (sobre todo la sección que es hoy la República Dominicana), Puerto Rico, Vieques, y las Islas Vírgenes y las islas de Sotavento; (6) *Kalíphuna* en las islas de Barlovento; y (7) *Caribe Karina*, también en las islas de Barlovento.

Nuestra reconstrucción de los eventos en Las Antillas precolombinas comprende cinco migraciones físicas de gentes a las islas, comenzando alrededor del 4,000 a.C. y completándose en el marco de los años 1,500 y 1,600 d.C. Dos migraciones adicionales mencionadas en este capítulo - una huequense y otra meillaquense¹ pudieron

tener lugar, pero, mientras que los datos arqueológicos y lingüísticos nos dicen que algo muy inusual estaba sucediendo, no estamos muy seguros de la naturaleza del fenómeno en cuestión ni de que fueron causados por migraciones de gentes de afuera. Las cinco positivas y dos posibles migraciones se podrían llamar *Migraciones Externas*, porque los pueblos involucrados originaron fuera de la región antillana y trajeron sus culturas nuevas a un área donde no se habían encontrado antes. También hubo las que se podrían llamar *Migraciones Internas* dentro de las islas, involucrando la dispersión de pueblos y culturas ya establecidas allí de su patria original a otras partes de Las Antillas.

Rouse, se usan las desinencias *-oid* y *-an* en inglés para identificar las series y los patrones o sub-series, sobre todo en la cerámica. El primer sufijo se reemplaza fácilmente en castellano con *-oide*, pero el segundo nos da la cacofonía de *-ano*. En esta traducción optamos por la desinencia *-ense* como la más adecuada en nuestro idioma, así: Huecan-huequense; Meillacan-meillaquense; Chican-chiquense, etc.

¹ Nota del traductor: En la última sistemática de Irving

Migraciones externas

La Primera Migración (ca. 4,000 a.C.)

Datos tanto arqueológicos como lingüísticos nos hace pensar que la primera migración a Las Antillas vino antes del año 4,000 a.C., cuando el pueblo ancestral de los ciguayos, migrando hacia el este desde la costa de Belice-Honduras al mar Caribe, descubrieron y se asentaron en las entonces deshabitadas Antillas Mayores. El lenguaje ciguayo, hablado solamente en la extrema península nordeste de La Española en 1492, era un lenguaje cuyos paralelos más cercanos son con los lenguajes tolenses de la costa hondureña de Centro América, y datos glotocronológicos sugieren una separación del ciguayo ancestral del flujo tolense en Centro América muy antes del 3,000 a.C. Los datos lingüísticos que tenemos indican una presencia ciguaya solamente en La Española en 1492, pero datos arqueológicos indican una presencia más temprana en Cuba y en Puerto Rico también, con una probable presencia en las islas de Sotavento de las Pequeñas Antillas. Definida arqueológicamente como la Tradición Casimiroide, sus limitados números y ubicación geográfica aislada en la época del contacto europeo -habitando solamente la península de Samaná en el nordeste extremo de La Española- indica una población residual de un grupo una vez más grande y diseminado, forzado en el 1492 en un extremo geográfico por los más numerosos y dominantes grupos que entraban en la región desde el sur y este y se expandían hacia el norte y oeste de las Grandes Antillas.

El pueblo casimiroide representaba una tradición lítica -hacían y usaban artefactos de piedra- y subsistían de los recursos alimenticios que la naturaleza les brindaba. A diferencia de pueblos posteriores de Las Antillas, ni hacían ni usaban cerámica ni practicaban la agricultura. Mientras que es poco probable que datos lingüísticos adicionales ciguayos aparezcan, el trabajo arqueológico en territorio ciguayo podría clarificar las relaciones culturales de este pueblo en las sombras respecto a los otros grupos de las Antillas Mayores a través de una caracterización cuidadosa de los tipos de utensilios que usaban, sus métodos y materiales de manufactura, y la naturaleza de los asentamientos donde los ciguayos vivían.

La Segunda Migración (ca. 2,000 a.C.)

Alrededor del 2000 a.C. un nuevo pueblo entró a Las Antillas. Como los casimiroides, representan una tradición predominantemente lítica, pero, en algunos casos, modificada por el uso de utensilios de hueso y de concha además de piedra, y, raramente, por la presencia de cerámica -tales culturas se llaman culturas arcaicas. Aunque también eran, usualmente, no agrícolas, algunas aparentemente empezaban a practicar cultivos. El origen de estos recién venidos no se ha establecido firmemente por la investigación arqueológica, pues ocurren solamente en las Grandes Antillas y las Islas de Sotavento en el extremo norte de las Antillas Menores. Se ha sugerido que estas culturas se podrían llamar *culturas duales*, una parte de la dualidad siendo ortoiroide, y la otra casimiroide. El inventario de artefactos del sitio de Cayo Cofresí en la costa sur de Puerto Rico nos da un buen ejemplo de tal cultura dual, híbrida. Sitios similares se encuentran solamente esporádicamente en las Islas de Barlovento intermedias, en el extremo sur de las Antillas Menores. Los datos de lenguajes de las Grandes Antillas -tanto de Cuba como de La Española- ofrecen una solución, sin embargo, porque la presencia de un lenguaje relacionado con los lenguajes warao de la costa norte de Venezuela y el Delta del Orinoco tiene indicios toponímicos en Cuba, La Española, y, posiblemente, en Puerto Rico. Un lenguaje similar al warao solamente podría haber llegado a las Grandes Antillas por medio de Venezuela y las Antillas Menores, y lo que parece un vacío de datos en las Islas de Barlovento podría resultar del hecho de que muy poco trabajo arqueológico se ha hecho hasta el presente en las Islas de Barlovento.

Los pueblos warao tempranos de Venezuela se llaman waroides, porque es probable que cierto número de lenguajes waroides muy estrechamente emparentados fueran hablados en tiempos precolombinos a lo largo de la costa venezolana desde el Lago de Maracaibo hacia el este hasta el Delta del Orinoco. Sus culturas de la edad Arcaica al nivel del 2000 a.C. se llaman ortoiroides, y todos los sitios de la Edad Arcaica en las Islas de Sotavento y las Grandes Antillas son de naturaleza ortoiroide. Entonces, el origen de esta ola

migratoria segunda en las Antillas probablemente fue el Delta del Orinoco y la costa de Venezuela, y los datos lingüísticos para los pueblos pre-taínos de las Antillas Mayores, excepto por dos palabras en ciguayo, son waroides en naturaleza, y se limitan a aquellos pueblos llamados *macorijes* por los taínos, lo que en taíno significa “los extranjeros”.

Igual que los ciguayos, los pueblos macorijes habían sido empujados hacia la costa norte de La Española y hacia el mar por la migración posterior taína. Su conquista por los taínos y su conversión a modos de vida aruacos todavía estaban en progreso cuando los españoles llegaron en 1492. En algunas partes de La Española y Cuba este contacto resultó en un pueblo y lenguaje acriollado al que se le refiere como taíno ciboney, que se tratará más adelante bajo Migración Interna.

La Tercera Migración (400 a.C.-1 d.C.)

Alrededor del 400 al 200 a.C. un tercer pueblo, destinado a formar el grupo étnico principal de las islas, comenzó a moverse hacia el norte desde Trinidad hasta las Antillas. Estos fueron el pueblo ancestral de los nativos que primero encontró Colón al desembarcar en la isla de Guanahaní (hoy San Salvador) en la cadena de las Lucayas el 12 de octubre de 1492. Eventualmente se llamaron taínos, que se traduce como 'Los Buenos' o 'El Pueblo Bueno' (*taí-* 'bueno' + *-no* un sufijo plural). El Pueblo bueno, entre 400 a.C. y el tiempo del nacimiento de Cristo, penetró todas las islas en la cadena de las Antillas desde Trinidad hasta la Cuba central. La única región que todavía no habían conquistado al arribo de los europeos fue el extremo occidental de Cuba, que permaneció en manos del pueblo guanahatabey, probables descendientes de algunos de los últimos pueblos ortoiroides que hablaban macorix en las islas.

De nuestros datos de lenguaje sabemos con certeza que los taínos hablaban un lenguaje aruaco de la rama Maipuré del noroeste, distantesmente relacionado con el de sus parientes goajiros que todavía viven al oeste del Lago de Maracaibo en la costa de la Venezuela occidental y la Colombia del noreste. Sabemos arqueológicamente que su

tradición agroalfarera tuvo su génesis en la región donde los ríos Apuré y Orinoco confluyen en el centro-oeste de Venezuela. La tradición cultural de este pueblo, remontándose tan temprano como el 2000 a.C. con sus ancestros ronquinenses, se llama saladoide, y las ramas particulares del pueblo saladoide que entraron en las Antillas desde la isla de Trinidad se llaman los pueblos saladoides cedrenses por el sitio de Cedros en Trinidad.

Empezando alrededor del 400 a.C., el pueblo cedrense se movió rápidamente a través del archipiélago desde Trinidad hasta el Paso de Mona que separa a Puerto Rico de La Española, llegando hacia el nacimiento de Cristo. Es de interés notar que los sitios más tempranos saladoides cedrenses en las Antillas se encuentran en las Islas de Sotavento y no en las más sureñas Islas de Barlovento, pero como sabemos con certeza que el origen de ambos la Tradición Saladoide y el lenguaje taíno está en Venezuela, parece bastante seguro que esta falta de sitios cedrenses tempranos en las Islas de Barlovento es simplemente un reflejo de nuestro imperfecto conocimiento de la arqueología de esas islas. Sabemos positivamente que los sitios cedrenses ocurren en las islas más altas y que usualmente se ubican lejos del mar, con preferencia río arriba de la costa, y cerca de áreas intensamente boscosas y de jungla. Esto es un fuerte contraste con la preferencia ortoiroide para islas más bajas y asentamiento en la misma costa.

El pueblo cedrense, entonces, trajo consigo no solamente una tradición agroalfarera, pero también un lenguaje maipurense del noroeste. Con la rápida expansión del pueblo cedrense, su lenguaje, al que llamamos pre-taíno, pronto se convirtió el lenguaje dominante de todas las Antillas. Ciertamente desde el 1 d.C. hasta por lo menos el 500 d.C., taíno fue el idioma del conjunto y la *lingua franca* que se entendía y se usaba por todos en ambas las Antillas Mayores y Menores, sin embargo de su lengua nativa.

La Cuarta Migración (500-1000 d.C.)

Alrededor del 500 d.C., otro pueblo aruaco-hablante, el pueblo barrancoide, agroalfareros como los cedrenses, entró en las islas desde el Delta del Orinoco y Trinidad. Sus orígenes se remontan al 2100 a.C., en el valle medio del Orinoco, consi-

derablemente al oriente de los pueblos ancestrales saladoides. Para los primeros años de la Era Cristiana habían remplazado a los pueblos saladoides del Delta y de Trinidad y comenzaron a desplazarse en las Islas de Barlovento. Un distintivo de su cultura son sus alfarerías sofisticadas tecnológicamente y muy decoradas, que comienzan a aparecer en sitios de otra manera cedrenses en las Islas de Barlovento hacia el 500 d.C. Existe toda indicación de que el pueblo barrancoide al principio entró a las Antillas como comerciantes, pues eran conocidos a lo largo de la región del Orinoco como los principales comerciantes, al juzgar por la evidencia arqueológica. El hecho de que la cultura cedrense no es remplazada en las Islas de Barlovento, sino simplemente aumentada por la alfarería barrancoide, también apunta a esta conclusión y no a un asentamiento franco en grandes números.

Para el medio de los años 600s, sin embargo, deberían de haber genuinas colonias de considerable tamaño en las Islas de Barlovento, pues una nueva tradición cerámica, a la que se refiere como troumassoide, aparece, una mezcla del pasado cedrense y barrancoide. Durante los próximos 500 años, como se revela por la arqueología, esta mezcla de características culturales se convirtió en una verdadera fusión, y para el 1000 d.C. una nueva cultura acriollada, la suazoide, que duró hasta mediados de los años 1400, emergió.

Es de considerable interés e importancia anotar que la alfarería barrancoide, troumassoide, y suazoide no ocurren al norte de Guadalupe, la más septentrional de las Islas de Barlovento. Aunque alguna influencia barrancoide se refleja en las cerámicas y otros tipos de artefactos de las Islas de Sotavento, las Islas Vírgenes, y la vecina Vieques y el Puerto Rico oriental, no hay evidencia de que esas áreas fueron colonizadas por un pueblo barrancoide. Los colonos barrancoides y sus sucesores culturales estaban restringidos a las Islas de Barlovento.

Estos límites geográficos parece que fueron impuestos por restricciones lingüísticas, pues es claro según la evidencia documental de Colón y los cronistas españoles de que el pueblo de las Islas de Barlovento hablaba un lenguaje que no era taíno. Este pueblo se llamaba a sí mismo *eyeri* (a veces también se escribe como *iñeri* o *igner*),

que significa 'Los Hombres' o 'El Pueblo' en el sentido de 'Seres Humanos', y mientras que los españoles tenían poco contacto con ellos, se los anota en los más tempranos escritos españoles - cartas de miembros de la tripulación en el segundo viaje de Colón en 1493- como muy diferentes en apariencia, comportamiento, y lenguaje de los habitantes de las Antillas Mayores. Toda esta evidencia, arqueológica e histórica, implica la presencia de un nuevo lenguaje aruaco en las Islas de Barlovento, uno que para los tiempos suazoides habría desplazado al taíno como el lenguaje comúnmente hablado allí.

Tenemos la fortuna de que el descendiente del lenguaje eyeri, el garífuna, todavía se habla hoy en día, y hay clara documentación histórica de que los ancestros de los alrededor de 75,000 garífuna que ahora viven en Belize, Guatemala, y Honduras verdaderamente fueron eyeri. El garífuna moderno se llamó kalíphuna cuando por primera vez se registró en detalle por el sacerdote francés Fr. Raymond Breton, y sus hablantes entonces informaron a los franceses que su lenguaje era el de sus ancestros. El análisis del garífuna y su forma del siglo diecisiete, el kalíphuna, indican que el lenguaje pertenece al grupo nordeste maipurense dentro de la familia de lenguajes aruaca, el mismo grupo al que pertenece el moderno lenguaje lokono de las Guayanas.

Hoy en día, los lenguajes aruacos de la parte media del valle del Río Orinoco todavía pertenecen al grupo nordeste maipurense, y es por esto muy probable que los lenguajes del pueblo barrancoide pertenecieran al mismo subgrupo maipurense. Mientras que el taíno, aunque aruaco, pertenece a los más lejanamente emparentados lenguajes maipurenses del noroeste, como el goajiro, el eyeri y sus descendientes hubieran sido de difícil comprensión a hablantes del taíno -en casi la misma relación del español moderno al portugués moderno. Entonces el pueblo barrancoide probablemente fue responsable por el remplazo del taíno del maipurense del oeste por el eyeri, del maipurense del nordeste, en las Islas de Barlovento, igual que fue responsable por el remplazo de rasgos artefactuales cedrenses saladoides por rasgos barrancoides. La completa amalgama de las dos culturas -el cedrense pre-taíno de las Islas de Barlovento y barrancoide para formar la nueva

cultura eyeri parece haber logrado su completa fruición con el pueblo suazoide, entre el 1000 y 1450 d.C.

La Quinta Migración (1450 – ca. 1600 d.C.)

En algún momento durante los mediados del siglo quince, juzgando por los fechados radiocarbónicos, el pueblo eyeri dejó de hacer alfarería suazoide. Poco se sabe arqueológicamente de la prehistoria de las Islas de Barlovento después del año 1400, pero hay narraciones españolas del 1493 y, esporádicamente, en adelante, a lo largo del siglo que sigue, indicando la presencia de un pueblo muy diferente del pueblo taíno de las Grandes Antillas y las Islas de Sotavento. Ahora sabemos, como se señaló anteriormente, que su lenguaje fue aruaco, descendiente del eyeri del siglo anterior. También sabemos, gracias a la documentación francesa después del 1635 y las siguientes décadas, que los habitantes de las Islas de Barlovento ya no se llamaban a sí mismos eyeri, sino *kalinago* o *kalíphuna*. Los hombres usaban el primer término, que significa 'El Pueblo Honorable de la Yuca' (*kali* 'yuca' + *-na* un sufijo plural + *-go* un sufijo honorable). El Segundo término, usado por las mujeres, significa 'Miembros del Clan de la Yuca' (*kali* 'yuca' + *-phu* 'clan' + *-na* un sufijo plural). Los *kalíphuna*, como los hemos llamado en este artículo -pues sus descendientes del siglo veintiuno todavía se llaman a sí mismos *karífuna*- les dijeron a los franceses que sus orígenes fueron en parte de allí en las islas, pero que también venían del continente de Sur América, de los *karina*, un pueblo Caribe de las Guayanas. Los hombres *karina* vinieron en expediciones de asalto y de intercambio a las islas empezando unos 200 años antes, según tradición oral de las islas, tomaron esposas eyeri, y se quedaron, nuevos colonos arribando en números crecientes con los años.

Los *kalíphuna*, en otras palabras, se convirtieron en un pueblo acriollado de ancestro mixto aruaco eyeri y caribe *karina*. El acriollamiento era evidente en el lenguaje, que todavía era en su mayoría aruaco eyeri pero con aproximadamente 11 por ciento de su vocabulario tomado del lenguaje caribe *karina*, el 56 por ciento de esta porción siendo palabras *karinas* que solamente usaban los hombres y el mismo porcentaje de palabras arua-

co eyeri usadas para los mismos conceptos y cosas pero solamente por las mujeres. La naturaleza de los artefactos eyeris fue alterada también, y encontramos nueva alfarería llamada Cayo en San Vicente, no relacionada a la más antigua tradición barrancoide-troumassoide-suazoide.

La quinta y última migración a las Antillas, en suma, fue la del pueblo caribe *karina* desde las Guayanas, quien, empezando alrededor del 1450 d.C., vino, se mezcló con los eyeri, y a través de los años emergió lo que se conoció como el pueblo Caribe de las islas, en parte Caribe, en parte aruaco eyeri. Los registros históricos indican que los *karina*-hablantes continuaron viniendo a las Islas de Barlovento meridionales, en particular a Granada, por lo menos hasta la época tardía de los años 1650s.

Posibles Migraciones Externas Adicionales

Una posible sexta migración externa durante tiempos cedrenses saladoides, alrededor del 150 d.C., se ha sugerido como una explicación de los rasgos únicos artefactuales hallados en los sitios Sorcé y Punta Candelerero en Vieques y el oriente de Puerto Rico. Su origen se postula derivado de los estilos cerámicos de Río Guapo en la costa central de Venezuela.

También pudo haber una séptima migración externa de hablantes de un lenguaje maipurense del este directamente de las Guayanas a la costa norte de La Española, pues tanto el macorís del norte de La española como el ciboney taíno *luca* muestran influencia léxica de un lenguaje no taíno, no eyeri maipurense, en las formas *baésa* ('no') en el macorís de La Española y *Bímini* ('los gemelos') y *Lukayunéke* ('La Tierra Distante de Agua del Pueblo') en ciboney taíno *luca*. Se ha sugerido que tal migración vino de la costa sur de las Guayanas alrededor de los años tempranos del 700 d.C., dando origen al estilo meillaquense de la alfarería ostionoide, pero hasta el momento no hay evidencia externa para apoyar o rechazar esta sugerencia. Los datos en ambas posibles migraciones, huequense y meillaquense, son inconclusos al presente, y ambas posibles migraciones piden considerablemente más investigaciones arqueológicas antes de que se pueda alcanzar conclusiones definitivas.

Migraciones internas

Las migraciones internas de pueblos dentro de las Antillas no son tan fáciles de definir y describir como las migraciones externas que trajeron nuevas poblaciones a las islas. Hasta ahora, son imposibles de definir para las Islas de Barlovento, simplemente porque tan poco trabajo arqueológico se ha hecho en esas islas. Tenemos mayor fortuna en nuestros esfuerzos para reconstruir los movimientos internos de pueblos en las Antillas Mayores, sus adyacentes lucayas, y las Islas de Sotavento, porque contamos con una cantidad considerable de datos tanto arqueológicos como lingüísticos en los cuales basar nuestras conclusiones. Estas conclusiones se pueden resumir como sigue.

Ciguayo, un lenguaje tolense de la América Central originalmente hablado a lo largo de Cuba, La Española, y probablemente Puerto Rico, si su ecuación con la Tradición Casimiroide es correcta, estaba moribundo en 1492 y se extinguió muy brevemente después. La posición en la periferia del ciguayo en 1492 pudiera indicar que la población ortoiroide, hablante de lenguajes waroides, que entró en la región alrededor del 2000 a.C., mientras que a lo mejor mezclándose con la población más antigua casimiroide tolense, también forzó a por lo menos algunos de los hablantes de lenguajes tolenses más antiguos a las más inhóspitas regiones de las Antillas Mayores. La evidencia toponímica indica que un lenguaje waroide reemplazó a ese lenguaje tolense en toda La Española y Cuba, excepto en el área ocupada por los ciguayos etnohistóricos.

Todos los grupos de lenguajes de las Antillas Mayores excepto el ciguayo demuestran influencia de un lenguaje waroide. Estos paralelos son léxicos en el taíno clásico (*duho* 'asiento') y ciboney taíno (*nosái* 'oro'), y toponimios en tanto el macorís y el guanahatabey. Estos datos lingüísticos parecen indicar tanto la presencia de hablantes de waroide en las Antillas Mayores como su reemplazo gradual después de la primera centuria d.C. por hablantes de taíno. Los umbrosos guanahatabeyes de la Cuba occidental extrema tienen el mismo patrón geográfico, y, juzgando por la evidencia toponímica, posiblemente fueron una población waroide remanente, forzada a su lugar

geográfico por los movimientos del más dominante pueblo pre-taíno viniendo del oriente. La evidencia toponímica y etnohistórica parece indicar que el lenguaje waroide sobrevivió allí y en la costa norte de La Española (Macorís de Abajo y Macorís de Arriba).

Los movimientos del pueblo taíno en La Española, siempre expandiéndose hacia el norte y el occidente desde su punto de entrada puertorriqueño, causó o un desplazamiento considerable de población o por lo menos el desarrollo en masa de poblaciones híbridas, en parte taíno y en parte ortoiroide y/o casimiroide. El lenguaje taíno gradualmente reemplazó el lenguaje waroide en Puerto Rico y en el oriente y centro de La Española. En la parte occidental de La Española y de Cuba, sin embargo, se mezcló con el lenguaje waroide para formar el idioma acriollado identificado como el dialecto ciboney del taíno. Este dialecto era en su mayor parte taíno en gramática y léxico, pero retenía algún vocabulario waroide. El proceso de acriollamiento se cumplió durante el período del 400 al 900 d.C., acompañando la expansión hacia el occidente de las alfarerías tempranas ostionenses y meillaquenses. Ambos pueblos y su dialecto ciboney taíno y rasgos artefactuales meillaquenses se desplazaron para las Islas Lucayas hacia el punto medio de este período.

El taíno clásico se convirtió en la *lingua franca* de todas las Antillas Mayores excepto las regiones guanahatabeyes de Cuba, donde, según la evidencia arqueológica, los taínos nunca penetraron. También se desplazó a las Islas Turcas y Caicos alrededor del 1200 d.C. con la migración de un pueblo hablante del taíno clásico a esas islas. Esto se comprueba con la presencia de alfarería chiquense en sitios de la región y por tradición histórica. Hacia 1450, el taíno clásico también se desplazó cruzando hasta el Cabo Maisí desde la península haitiana del noroeste hasta lo que es hoy la provincia de Oriente en la Cuba del extremo este. Esta migración fue apurada e intensificada por la llegada de los españoles en 1492.

¿Es esta la última visión de los lenguajes nativos del Caribe? Sin duda, no lo es. La posición de datos lingüísticos y arqueológicos ha puesto énfasis en temas muy dignos de mayores investigaciones y su resolución, que a lo mejor vendrán en un futuro no muy distante.

Referencias bibliográficas

Al presente, solamente hay una referencia bibliográfica en la cual el tema de este artículo se investigó y describió exhaustivamente. Esta es:

GRANBERRY, J. y G. VESCELIUS (2004), *Languages of the Pre-Columbian Antilles*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, Alabama.

Otra referencia que aborda esta temática, del mismo autor, es:

GRANBERRY, J. (2010), “Una nota sobre la presencia prehistórica de pueblos hablantes de lenguas proto-warao en Cuba”, *Cuba Arqueológica*. Año III, núm. 1, enero-junio:56-57.

Recibido: 4 de abril de 2012.

Aprobado: 1 de mayo de 2012.

Sistema de asentamiento de las haciendas cafetaleras en la Sierra del Rosario (1790-1850), Artemisa, Cuba

Henry FERNÁNDEZ ALOMÁ

Ingeniero geólogo. Investigador independiente, Pinar del Río (Cuba).

E-mail: henryaloma79@gmail.com

Resumen:

El florecimiento de más de un centenar de plantaciones cafetaleras en las montañas de la Sierra del Rosario entre los años 1790 y 1850, evidencia un esmerado esfuerzo por parte de los caficultores por retomar o impulsar una industria que se avizoraba prometedora desde el punto de vista económico. Los dividendos alcanzados por estas empresas se hicieron realidad, en gran medida, gracias a la cuidadosa selección del territorio y la organización con que los hacendados planificaron los asentamientos. Este trabajo aborda varios aspectos relacionados con estas plantaciones, ubicadas en correspondencia con un complejo sistema de asentamiento en cuencas hidrográficas.

Palabras clave: cafetales, patrón de asentamiento, arqueología, plantaciones.

Abstract:

The flourishing of over a hundred coffee plantations in the mountains of Sierra del Rosario between the years 1790 and 1850 evidences a careful effort on the part of coffee growers to retake or move forward an industry which showed itself promising from the economic point of view. The dividends reached by these businesses became reality, in good measure, thanks to the careful selection of the territory and the organization with which the planters planned their settlements. This work encompasses several aspects related to these plantations, located as a function of a complex system of settlements in hydrographic catchments.

Key words: coffee plantations, settlement pattern, archaeology, plantations.

Las ruinas de los cafetales que florecieron entre los años 1790 y 1850, constituyen testimonio elocuente del gran desarrollo industrial que experimentaron las montañas de la Sierra del Rosario durante ese período histórico. Los montes vírgenes y las tierras vinculadas a la ganadería, dieron paso al desbroce y la siembra respectivamente, actividades que fueron hábilmente planificadas y calculadas, en su gran mayoría, por hacendados franceses o de origen francés, que encontraron en Cuba refugio y esperanza tras los sucesos acaecidos en Saint Domingue desde 1791 y hasta 1804.

Se pusieron entonces en marcha los mecanismos necesarios para el traslado del café hacia el llano y se levantaron tanto modestas como imponentes haciendas, las que aún hoy sorprenden al

investigador por sus características arquitectónicas y adaptabilidad al entorno natural.

El pensamiento antropocentrista con que los plantócratas visualizaban el desarrollo industrial en el siglo XIX dio como resultado el enfrentamiento hombre-naturaleza, donde los esclavos jugaron un papel fundamental, pues fueron forzados a talar los bosques autóctonos y plantar miles de cafetos, cuya consecuencia fue el paulatino empobrecimiento de los suelos en la serranía. Dados los abruptos declives de las elevaciones circundantes, éstos valles intramontanos constituían los espacios ideales donde asentar los bateyes de los cafetales con su complejo entramado de tendales y demás instalaciones; en algunos casos, el aprovechamiento de los desniveles del terreno fue notablemente eficaz, tanto desde el punto de

vista de las soluciones hidráulicas como en el aprovechamiento del espacio. El cafetal San Pedro, en la cuenca del río Bayate, es un buen ejemplo de este fenómeno.



FIG. 1. Obsérvese la distribución de las estructuras del cafetal San Pedro

Si bien es cierto que algunas de estas plantaciones fueron erigidas en las pendientes laderas de las montañas e incluso en las cimas -como es el caso del cafetal Buenavista, 240 msnm-, estos constituyen casos más bien excepcionales, ya que el alejamiento de las zonas más bajas suponía muchas veces tierras menos fértiles, además de un esfuerzo extra para abastecer de agua a la hacienda y mayor distancia a recorrer en el traslado de mercancías.

Las características geológicas y geomorfológicas de la Sierra del Rosario condicionan estos esfuerzos, constituyendo una intrincada sección orográfica de la Cordillera de Guaniguanico, en la que se presentan diferentes tipos morfológicos de elevaciones de cimas más o menos aplanadas y colinas. El sistema tectónico asociado a la Falla Pinar es el que modela estructuralmente el corte, con complicados plegamientos que forman cadenas de montañas casi paralelas con grandes depresiones longitudinales y valles fluviales transversales.

Geológicamente, las rocas serpentinas se encuentran en los frentes de cabalgamiento de los pliegues asociados a la Falla Pinar, a modo de olistostomas. Las rocas predominantes son las de

tipo calizas duras de las formaciones Artemisa y Polier; es posible encontrar también rocas clásticas, de origen continental, como las brechas de de la Formación Cacarajícara y formaciones que constituyen índices geológicos como los pedernales de Santa Teresa.

Los suelos más comunes son los ferralíticos y los pardos, además del loam arcilloso y arenoso. En resumen, este sistema montañoso posee una estructura geológica muy compleja, con una gran cantidad de rocas en litofacies muy diferentes en composición y textura, dando lugar a suelos muy característicos que varían en distancias muy cortas. Se puede decir que cada valle o altura de esta región posee suelos diferentes (Herrera y García 1995).

Los accidentes geográficos están constituidos por alturas, montañas y depresiones cársticas, colinas y valles asociados a ríos, entre los que se destacan San Claudio, Bayate, Pedernales, San Juan, Manantiales, San Francisco y Santiago, San Cristóbal, San Diego o Nazareno, Río Hondo y Pedernales. Las principales elevaciones son Sierra Borrego, Las Peladas, El Rubí, El Taburete, El Mulo y El Salón, esta última la de mayor altura, con 525 msnm.

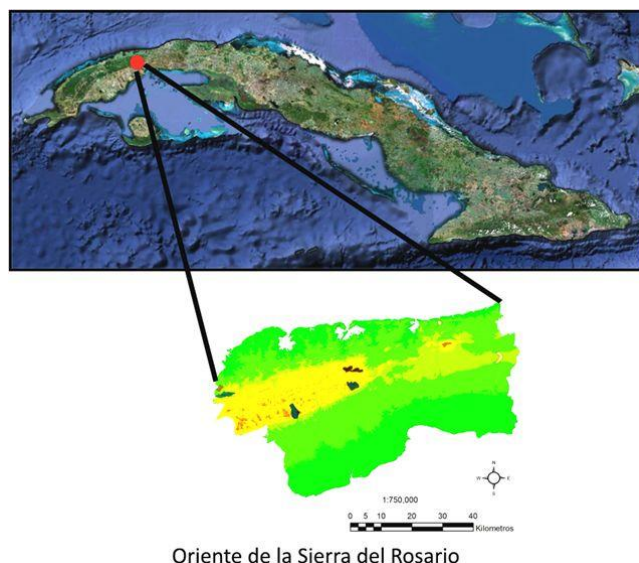


FIG. 2. Zona de estudio

En el contexto de esta compleja geomorfología se ubicó la zona concentración de plantaciones cafetaleras más occidental de Cuba. La distribución geográfica de todas ellas responde a una

organización planificada y ejecutada exitosamente en apenas veinticinco o treinta años; fueron fundadas en un período cronológico bien definido, enmarcado entre la última década del siglo XVIII y el primer cuarto del siglo XIX, como consecuencia de la migración de hacendados hacia Cuba. Es necesario apuntar que no todos procedían de Saint Domingue, sino también del sur de los Estados Unidos, otras islas del Caribe, Francia, Italia, Inglaterra y el País Vasco -español y francés-, sobre todo con posterioridad al Tratado de Paz entre España y Francia en 1811 (Ramírez y Paredes 2004:26).

No obstante la aparente preferencia del método de beneficio seco en el procesamiento del café en este territorio, la ubicación de las reservas acuíferas y las características del relieve determinaron la situación de las plantaciones a lo largo de cuencas hidrográficas, marcando ostensiblemente el diseño de la región industrial, pues estos dos factores condicionaron el diseño de la disposición de las partes componentes de las plantaciones.

Estas haciendas constituyen diferentes respuestas vinculadas a su relación con el medio natural que las rodea, cada cual con sus particularidades, formando parte de un conjunto dentro del cual el tamaño u otras características no deben constituir factores cualitativos aislados determinantes para su estudio. Todas corresponden con un período histórico bien definido, condicionado por eventos políticos, económicos y sociales, matizados por el esplendor de la producción cafetalera de la Isla:

- Período histórico concreto vinculado con la situación política: (1790-1850) lapso cronológico vinculado con la producción de café, (1791-1804) sucesos en Saint Domingue, migración de los franceses y sus descendientes hacia Cuba.
- Factores económicos: Alza del precio del café en Europa, alto consumo del mismo, fomento del cultivo del café en la Isla, 12/10/1778 se dicta el Reglamento de Libre Comercio entre España e Indias.
- Factores sociales: 6/2/1789, puesta en vigor de la autorización para la introducción libre de esclavos en Cuba y otras colonias americanas, existencia de zonas naturales

vírgenes con potencialidades donde asentar las plantaciones.

Este fenómeno también puede ser corroborado en la zona sudoriental cubana, donde cada asentamiento cafetalero ha sido clasificado como “grupos de edificios separados o conectados que por su arquitectura, su homogeneidad y su lugar en el paisaje son de valor prominente y universal desde el punto de vista histórico, artístico y científico” (Varios 2005:12).

Los cientosetenta emplazamientos cafetaleros localizados en las provincias Santiago de Cuba y Guantánamo, específicamente en las regiones nombradas Dos Palmas-Contramaestre, Guantánamo, Yateras, El Cobre y Gran Piedra, se extienden temporalmente hasta principios del siglo XX, donde además de franceses también se asentaron criollos, catalanes, alemanes, norteamericanos, italianos, ingleses, entre otros. Es por ello que la arquitectura de estas plantaciones es catalogada como híbrida, además, con elementos particulares de la región vasca-francesa (Varios 2005:11). El cuidadoso estudio y levantamientos topográficos a que han sido sometidos estos complejos, ha permitido determinar distribuciones espaciales diversas:

“Independientemente de la marcada unidad estructural en la composición planimétrica del batey, se evidencian diferencias en la forma de distribución espacial de los componentes arquitectónicos, que definen variaciones planimétricas en la manera de estructurar el área del batey; quedando determinados los bateyes en forma lineal para las áreas de mayores pendientes en laderas de montañas y bateyes agrupados generalmente en los valles intramontanos y cimas de montañas” (Rizo 2003:64).

Se hace evidente la ubicación de estas haciendas en áreas cercanas a ríos, es decir, igualmente en cuencas hidrográficas, pues necesitaban aún más agua en el proceso productivo, ya que el método de beneficio implantado fue el húmedo. Por lo tanto, solucionaron el problema que generaban los desniveles del terreno construyendo grandes acueductos, provisto de canales, aliviaderos y decantadores, asegurando el bloqueo a la entrada de sedimentos que arribaba con el agua que hacia las albercas, donde se almacenaba y

luego se distribuía para el uso industrial o doméstico de la plantación. La selección de este sistema para lograr la conducción de las aguas muestra una total adaptación al terreno (López 2011).

Aunque los restos constructivos presentes en la Sierra del Rosario aún no han sido estudiados arquitectónicamente en su totalidad, las múltiples exploraciones realizadas han corroborado la existencia de estructuras construidas en mampostería ordinaria, apareciendo, al menos en un caso, paredes arriostradas; tal es el caso de las ruinas del cafetal Santa Serafina. Este sistema constructivo es típico del norte de España, específicamente de los territorios vascos, desde donde procedía el dueño de esta plantación.

Este enorme complejo agroindustrial, constituido por más de cien cafetales, merece ser analizado a través de diversas ópticas, dentro de las cuales destaca, por su función generalizadora y caracterizadora la Arqueología del Paisaje. La adaptación del ser humano en su entorno o la explotación del espacio por parte del mismo, conjuntamente con el estudio de la cultura material, analiza la dimensión espacial de los grupos humanos. Esto es, explorar cómo los seres humanos se han ido relacionando con el espacio geográfico a lo largo del tiempo, apropiándose de él, transformándolo con su trabajo y dotándolo de diferentes significados culturales.¹

Esta vertiente de la Arqueología se basa en el reconocimiento y documentación detalladas de las formas actualmente visibles en el paisaje, dando un amplio peso al uso de fuentes de información como la fotografía aérea, fotografía satelital, mapas y planos antiguos y modernos; estos últimos también pueden ser generados mediante levantamientos planimétricos y altimétricos previos a los estudios en los sitios seleccionados. Como es evidente, es una especialidad muy vinculada con ciencias afines a la Arqueología, como la Geografía y la Geología, oscilando entre diferentes ámbitos de análisis de dimensiones de la acción social, siendo en este caso el más recomendable el Mesoespacial, es decir, la definición de las estrategias de emplazamiento y relaciones socioeconómicas con el medio circundante inmediato. Para ello, es muy importante la elaboración

de mapas distribucionales, apoyo indispensable para este tipo de análisis.

El proceso de ocupación por parte de los inmigrantes en la Sierra del Rosario no fue muy extenso, pero no por ello la selección del terreno, el aprovechamiento de los recursos naturales en la construcción de las edificaciones y la situación de las vías acuáticas que atraviesan las elevaciones del macizo montañoso, constituyeron elementos secundarios a tomar en cuenta en el establecimiento de las plantaciones. Todas las plantaciones serán estudiadas a partir de su caracterización como conjunto, partiendo del significado del mismo como una totalidad de elementos poseedores de propiedades comunes que los distinguen,² sin obviar ni minimizar sus elementos particulares.

La visualización de todo este sistema plantacionista como conjunto, permite enmarcarlo dentro de dos vertientes que fundamentan su particularismo cultural e industrial: Paisaje Cultural y Arqueología Industrial.

El concepto de Paisaje Cultural definido por Carl Sauer, plantea que este es creado por un grupo cultural a partir de un paisaje natural. “La cultura es el agente, al área natural el medio, y el paisaje cultural el resultado” (Anschuetz, *et al.* 2003:157). Partiendo de las premisas de que paisaje no es sinónimo de Medio Ambiente, es un mundo de productos culturales y es el escenario de las actividades de una población determinada; se puede afirmar que estas son construcciones dinámicas en los que cada comunidad y cada generación impone su mapa cognitivo de un mundo, antropogénico e interconectado, de morfología, planificación y significado coherente (Anschuetz, *et al.* 2003). Un enfoque paisajístico puede ofrecer al investigador estrategias y herramientas en la reconstrucción del pasado en estrecha vinculación con el Medio Ambiente y enfocado fundamentalmente en este.

Por su parte, la Arqueología Industrial se refiere a los yacimientos donde se hayan desarrollado actividades económicas vinculadas a ciclos productivos determinados, en los cuales tiene gran preponderancia un proceso industrial que lo distingue y caracteriza (Roura 2011). La aplicación

¹ <http://es.wikipedia.org>

² Real Academia Española de la Lengua, <http://rae.es>

de estas dos vertientes condicionará un acercamiento mucho más profundo en el estudio de las zonas plantacionistas, teniendo en cuenta que estas fueron dispuestas en áreas que aún hoy pueden considerarse rurales, así como la importancia de la vinculación del medio ambiente con las evidencias materiales arqueológicas.

Para lograr dar más y mejor sentido a los restos constructivos presentes en el área de estudio, es recomendable analizar el sistema de asentamiento, pues estos permiten obtener datos que ayuden en la reconstrucción de los sistemas ecológicos, culturales y sociales. Geográficamente, los sistemas o patrones son conjuntos de rasgos esenciales en un diseño gráfico; por ejemplo, la distribución espacial de las personas en correspondencia con esquemas particulares, según las actividades económicas predominantes en la sociedad, acorde con su respectiva forma de producción.

Para lograr un análisis del sistema de asentamiento, así como de las condicionantes naturales y económicas que han podido marcar la elección del emplazamiento, debe realizarse una valoración previa del terreno y del medio natural, y deben formularse las relaciones con la geomorfología del medio físico donde se ubica el yacimiento. Es recomendable desarrollar una metodología de análisis basada en la aplicación de diversos factores influyentes en el emplazamiento de las haciendas.

En este caso, las haciendas cafetaleras fueron levantadas en la Sierra del Rosario, porción este de la Cordillera de Guaniguanico, en la provincia Artemisa. El área en explotación agrícola, durante la primera mitad del siglo XIX, era de aproximadamente 565 caballerías de tierra (7 568 ha.), aunque realmente solo el 28 % de ellas se utilizaban en el cultivo del café. El promedio de tierras por cafetal era de 9 caballerías, 291 quintales por hacienda y 116 quintales de tierras vinculadas al café por año. El área en estudio comprende tanto las tierras vinculadas directamente con los cultivos, los bateyes, los complejos sistemas de caminos y las áreas adyacentes.

Al igual que en el suroriente del país, este complejo agroindustrial cafetalero debió poseer un sistema de vías que les permitiera la comunicación intraplantacional, interplantacional y la

evacuación del producto terminado hacia el puerto. Estos caminos constituían la columna vertebral de todo el sistema cafetalero regional, permitiendo las comunicaciones dentro y fuera de la serranía. Esta red se diseñaba en tres niveles:

- Les chemins a la file: (caminos de fila o hilera) eran los que vinculaban todos los espacios dentro de las plantaciones.
- Les chemins de Contour: (caminos de contorno o límite) comunicaban las entre haciendas dentro de un mismo territorio (en este caso entre cuencas hidrográficas).
- Les Chemins de Coline: (caminos de colina) comunicaban los territorios con alta concentración de cafetales entre sí, con los puertos de embarque del café (Pérez de la Riva 1975:402).

Es probable también que esta red no tuviera la misma complejidad ni extensión que fue posible construir hacia el oriente del país, pero su planificación y ejecución constituía obligatoriedad para el buen funcionamiento de todo el engranaje productivo que conllevaba la implantación de un sistema agroindustrial complejo como este. Por dichos caminos transitaban tanto las volantas y coches de los caficultores, como las carretas que trasladaban hacia los puertos el grano para ser exportado, esto quedó recogido en los relatos de algunos viajeros que visitaron la zona en su época de esplendor, como es el caso del reverendo Abiel Abbot en 1828:

“Nuestro recorrido fue continuamente entre montañas, gran parte de él por un camino de volantes [volantas] y algunas veces por senderos tajados en las laderas de las lomas, cuya escala era solo unos cuantos grados de diferencia con la perpendicular, haciéndonos estremecer la contemplación del barranco a 200 ó 300 pies debajo de nosotros. A menudo veíanse cafetales que subían hasta la cima de las lomas, y a veces algunos abandonados, o convertidos en potreros [...] cruzamos el mismo río quizá una docena de veces en el transcurso de unas pocas millas [...]” (Abbot 1965:265).

La microlocalización topográfica de los cafetales permitió realizar a Ramírez y Paredes una primera clasificación, permitiendo que estos pudieran ser agrupados en tres categorías:

- Los situados en los valles intramontanos (13 %, por debajo de los 100 m sobre el nivel del mar).
- Los ubicados en zonas de pendientes escarpadas (51 %, entre los 100 m y 200 m sobre el nivel del mar).
- Los que aprovecharon las cimas de las montañas (36 %, por encima de los 200 m sobre el nivel del mar) (Ramírez y Paredes 2004:58).

Sin embargo, a pesar de que los porcentajes ofrecen una visión abarcadora sobre el número de ruinas distribuidas desde las bases hasta las cimas de las montañas, la ubicación geográfica de las mismas no debe vincularse directamente con la altura, ya que estas son relativas, dependiendo de los niveles sobre el nivel del mar de los valles y cimas. Ejemplificando, el cafetal San Pedro se encuentra en un pequeño valle intramontano perteneciente a la cuenca hidrográfica del río Bayate y sus cotas oscilan entre los 150 y los 171 msnm; por ello, esta plantación correspondería con dos de las categorías propuestas. El elemento que realmente tipifica y diferencia este sistema de otras concentraciones cafetaleras, es la ubicación de las haciendas en las cuencas de los ríos.

Se entiende por cuenca hidrográfica, hoya hidrográfica, cuenca de drenaje o cuenca imbrífera, el territorio conformado por un único sistema de drenaje natural; es decir, que drena sus aguas hacia el mar a través de un único río, o que vierte sus aguas a un único lago. Una cuenca hidrográfica es delimitada por la línea de las cumbres, también llamada divisoria de aguas, mientras que las vaguadas de los ríos y arroyos también constituyeron vías para acceder al interior de la sierra.

De este modo, se pueden agrupar los cafetales cuyas ruinas han sido localizadas en el terreno y/o identificadas usando datos de archivo en seis cuencas hidrográficas, siendo estas las más orientales de la sierra:

Cuencas/ríos	Cafetales	Áreas km ²
San Claudio	El Carmen II, San Dimas, El liberal, San Carlos, San Andrés, San José, San Joaquín (1).	52.08
Bayate	Las Mercedes (2), San-	57.40

	tiago (3), Unión, San Pedro, San Esteban, Santa Catalina, Independencia, Esperanza, Brazo Fuerte, Descubierta, La Merced, Atrampes (4), La Dolores, La Jura, San Antonio (5).	
Manantiales	Santa Teresa, San Ramón de Aguas Claras, Remoto, San Luis, Esquivel, Neptuno, Liberia, San José Bencomo, Moriche, Sostenido.	29.35
San Juan.	Consecuencia, San Pedro de Buenavista, Altagracia (6), Santa Serafina, Las Delicias (7), Delicias del Carmelo, Victoria, El Taburete, El Retiro, Merced.	38.90
Pedernales	Moka, San Salvador, San Idelfonso, La Gloria, Le Content, Buenavista (8).	27.51
San Francisco	Romero, Los Mameyes, Santa Susana, La Ermita, La Mariana, San Carlos, Santa Teresa, Morel, Borbón.	61.02

1. Se localiza junto a uno de los afluentes del San Claudio, pero mucho más al norte en la base de las elevaciones del Rubí. 2. Se encuentra en el nacimiento del río Bayate, pero muy próximo a los cafetales de la cuenca del San Claudio. 3. Tanto este como el cafetal Unión se encuentran junto al arroyo Masón, afluente del Bayate. 4. Está ubicado aproximadamente entre los ríos Manantiales y Bayate muy próximo a la llanura sur. 5. Estos tres últimos cafetales se localizan en las márgenes del río Dolores, afluente del Bayate. 6. Estos tres primeros cafetales se encuentran en la margen del Arroyo del Toro, afluente del río San Juan. 7. Ubicado en un afluente del río San Juan, sin embargo más próximo al cafetal Moka y otros de la cuenca del río Pedernales. 8. El cafetal Buenavista constituye un caso atípico ya que este no se edificó asociado a cauce fluvial alguno, como sucede en la mayoría de los casos, sino en una elevación a 240 m sobre el nivel del mar, constituyendo uno de los emplazamientos más altos para un cafetal en la Sierra del Rosario.

Dichas cuencas han podido ser examinadas gracias a que están situadas dentro de la Reserva

Reserva de la Biosfera Sierra del Rosario

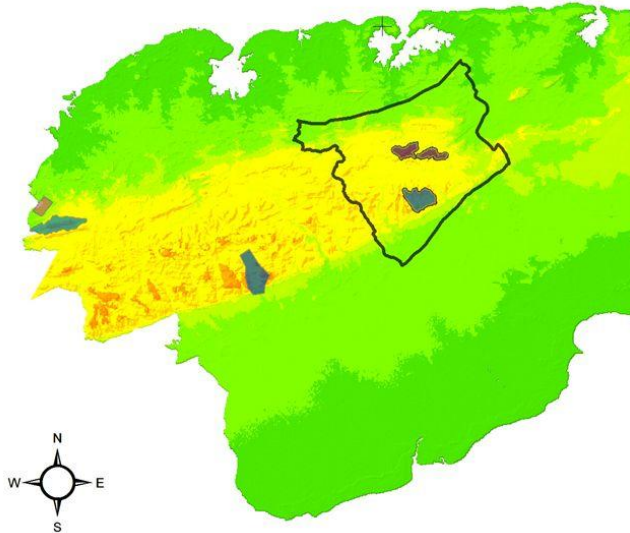


FIG. 3. Localización de las cuencas en estudio dentro de la reserva de la biosfera sierra del rosario

de la Biosfera Sierra del Rosario, territorio que corresponde con el área donde se efectúan actualmente investigaciones histórico-arqueológicas, en la que se concentran los esfuerzos de exploración y los recursos económicos disponibles. Por otra parte, es hacia el este donde se localizan la mayor cantidad de restos de plantaciones cafetaleras; esta gran concentración de haciendas en la porción oriental de la sierra puede ser constatada en los planos realizados en el siglo XIX. Hacia el oeste -porción occidental serrana- se observa una reducción en la cantidad de cafetales, situados también a partir de cuencas hidrográficas, las que tendrán que ser exploradas e investigadas en futuros trabajos.

A modo de conclusión, puede afirmarse que el desarrollo de la caficultura en zonas montañosas cubanas forzó la construcción de complejos agroindustriales dependiendo del relieve y la situación de las fuentes de abasto de agua. En los dos casos mencionados -Sierra del Rosario y suroriente de Cuba-, a pesar de diferenciarse, fundamentalmente en el método de beneficio del café adoptado, parece ser en ambos casos la obligada dependencia del líquido la que condiciona la ubicación de las mismas.

La concentración de las plantaciones cafetaleras dispuestas en la Sierra del Rosario sobre

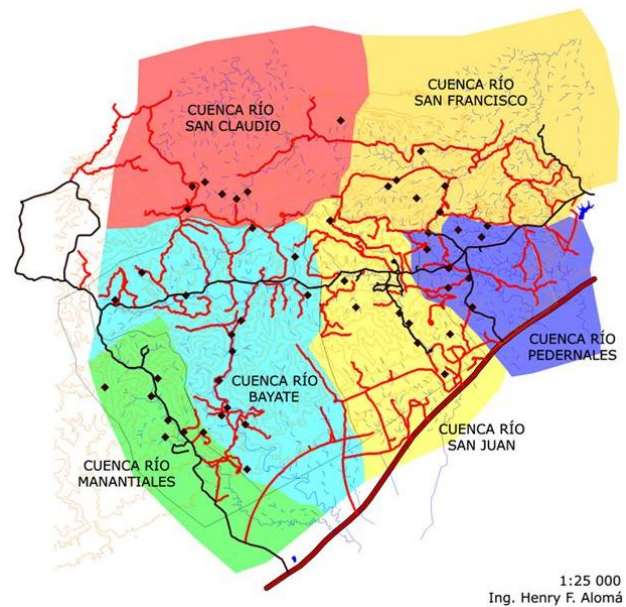


FIG. 4. Distribución de las cuencas hidrográficas estudiadas

cuencas hidrográficas responde a un sistema de asentamiento que condicionó la ubicación de las mismas en las laderas de las montañas, para lo cual se adoptaron soluciones arquitectónicas que consistían en muros de contención, paredes de gran grosor, bateyes ajustados a la topografía del terreno y una red de caminos que comunicaban, tanto las haciendas entre sí, como las cuencas donde estas se agrupaban. La calidad de los suelos y de las obras constructivas fueron factores que influyeron en gran medida en el desarrollo económico de la región. Es posible que la tipología de distribución geográfica de las haciendas cafetaleras observadas en la Sierra del Rosario, pueda repetirse también en otras zonas montañosas del país, donde el café fue el principal renglón económico en el siglo XIX.

Agradecimientos

A Yaumara López Segrera, por facilitar la información sobre los cafetales del oriente de Cuba.

Bibliografía

- Abbot, A. (1965): *Cartas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- Anschuetz, K. F., Wilshusen, R. H. y Schiek, C. L. (2003): "Una arqueología de los paisajes:

- perspectivas y tendencias”, en *Journal of Archaeological Research*, vol. 11, no. 2.
- Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, <http://buscon.rae.es>
- Franquet, J. M. (s/a): *El agua*, en <http://www.eumed.net>
- Herrera, M. y García, M. (1995): “La Reserva de la Biosfera Sierra del Rosario”, *Documentos de Trabajo*, # 10, formato digital.
- Pérez, J. (1975): *El barracón y otros ensayos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- Ramírez, J. F. y Paredes, F. (2004): *Los cafetales de la Sierra del Rosario (1790-1850)*, Ediciones Unión, Ciudad de La Habana.
- Rizo, L. (2003): *La arquitectura cafetalera en Cuba. Siglo XIX*, tesis presentada en opción al título de Máster en Conservación y Rehabilitación del Patrimonio, La Habana.
- Roura, L. (2011): “Patrimonio Industrial y Arqueología: acercamiento a sus relaciones en Cuba”, en *Arqueología Histórica en América Latina. Perspectivas desde Argentina y Cuba*, Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad de Luján, Buenos Aires, pp. 171-186.
- Varios (2005): *Sitio cultural vinculado al desarrollo cafetalero del sudoriente de Cuba*, Oficina del Conservador de Santiago de Cuba, Santiago de Cuba.
- López, Y. (2011): *La hacienda cafetalera como sistema agroindustrial*, capítulo de tesis doctoral.
- Yrizar, J. de (s/a): *Arquitectura popular vasca*, formato digital.

Recibido: 8 de abril de 2012.

Aceptado: 3 de mayo de 2012.

¿Masculino y femenino? Representaciones del género y el poder en los andes venezolanos

Carlos ESCALONA VILLALONGA
Universidad Central de Venezuela (Venezuela)
E-mail: syahoram@gmail.com

Resumen:

Este trabajo, toma como marco de referencia las piezas figurativas antropomorfas de las culturas tribales jerárquico-cacicales Betijoque-Mirinday en los andes venezolanos respectivamente, se plantea una investigación de carácter comparativo entre diferentes pocas, regiones y/o culturas, grupos cerámicos de la costa central y Orinoco venezolanos, desde la teoría del cuerpo en la arqueología. Mediante la deconstrucción formal de las piezas para la definición de patrones figurativos, nos atrevemos a decir que las piezas antropomorfas en cerámica fueron, probablemente, poderosos vehículos utilizados por la sociedad para difundir identidades personales o comunales socialmente aceptadas y evidencian las relaciones de poder entre los individuos y su medio ambiente. Las visiones de mundo se revelan y se incorporan en representaciones materiales como las figurinas.

Palabras clave: figuración antropomorfa, género, poder, cuerpo, estilos Betijoque-Mirinday.

Abstract:

Accordingly, by this work, using as a frame of reference the anthropomorphic figurative pieces of the hierarchical chiefdoms Mirinday-Betijoque at the Venezuelan Andes. We considered an inquiry by way of comparison between different periods, regions and / or culture from body theory in archeology. Through formal deconstruction of parts for the definition of figurative patterns, dare we say anthropomorphic ceramic pieces were probably powerful vehicles used by the company to spread personal and communal identities and reveal socially accepted power relations between the individuals and their environment. The worldviews are revealed and in-corporated in material representations as the figurines.

Key words: body, human figuration, gender, power, body, Betijoque-Mirinday styles.

Esquema de organización sociopolítica de las sociedades prehispánicas de Venezuela

En Venezuela se han propuesto esquemas clasificatorios generales para las culturas prehispánicas del país. Vargas (1990. Ver también Sanoja 2006), propone un esquema de 4 categorías de clasificación o modos de vida para las sociedades prehispánicas: el modo de vida igualitario de recolectores cazadores, el modo de vida tribal igualitario, el modo de vida tribal jerárquico-cacical y el modo de vida clasista inicial.

Modo de vida tribal igualitario

La tribalización de los cazadores y recolectores implicó la complejidad social con dos propósitos, por un lado, garantizar la producción y por el otro, garantizar la propiedad y el proceso de producción. El sedentarismo determinó que la recolección y la apropiación no fuesen suficientes para mantener el crecimiento constante de la sociedad luego de la estabilización territorial. Los cambios durante el proceso de tribalización, en relación al modo de vida igualitario de recolectores cazadores, suponen un desarrollo en la efica-

cia y las funciones de instrumentos y medios de producción. Un establecimiento de los procesos de producción de alimentos, crecimiento sostenido de la producción y todos aquellos factores que suponen la reproducción (en mayor medida) del grupo social. Ampliar y diversificar la producción, es decir, la necesidad de producir un plus-producto (Vargas: 1990; 100). No había diferencias entre el productor primario y el consumidor, ni tampoco existe una planificación social del trabajo.

Cambios en el régimen de propiedad porque, si bien sigue siendo colectiva, ahora son propietarios objetivos de los medios naturales de producción como objeto de trabajo. Presencia definitiva de aldeas como base física de las unidades sociales. Un surgimiento de complementariedad económica entre aldeas, lo cual, implica el intercambio tanto de materia prima como de materiales manufacturados (Vargas: 1990; 100). Relaciones sociales basadas en el parentesco que progresivamente se transforman hasta devenir en políticas o de subordinación. La reciprocidad está restringida ahora a la tribu y supone el compromiso entre grupos para asegurar la propiedad. La fuerza de trabajo se controla dentro de un mismo grupo de parentesco (Vargas: 1990; 100-1).

Modo de vida tribal jerárquico-cacical

Este modo de vida surge producto de las contradicciones en el modo de vida tribal igualitario cuando se hace más difícil compatibilizar la participación de todo el colectivo en las decisiones sobre el ordenamiento del proceso productivo y en la distribución de los recursos y de la propiedad colectiva, por ello, fue preciso el surgimiento de una estructura social jerarquizada que mantenía el control del trabajo y del conocimiento (Sanoja; 2006: 37). Vargas (1990: 108), aclara que el término cacical no es sinónimo de la presencia de un cacique sino de la existencia de una institución que cumplía con funciones similares a las que ejercieron los caciques. El modo de vida cacical no solo existió en lugares donde se dieron cacicazgos o jefaturas, sino también donde existió una estructura social desigual, concretada en patrones de distribución diferencial para los distin-

tos sectores de la población, prestación de servicios, etc.



FIG. 1A. Figura antropomorfa betijoque (Foto: Mirta Linero Baroni)



FIG. 1B. Figura antropomorfa mirinday (Foto: Mirta Linero Baroni)

El modo de vida tribal jerárquico-cacical supone transformaciones importantes de los patrones de distribución y cambio, alterándose el sistema de acceso colectivo a la producción. La transformación de las relaciones de parentesco en políticas surge como consecuencia del crecimiento de una aldea sobre el resto, lo cual, afecta los patrones de complementación económica, esto fue factible por la existencia de un mayor desarrollo de las fuerzas productivas en donde hay que considerar, de manera importante, la fase física o medio ambiente donde tal aldea se desarrolla y el carácter de sus modos de trabajo (Vargas; 1990: 101).

Estos cambios se objetivan en la existencia de una aldea central, la cual asume el papel de sede de un poder político, religioso, administrativo y, eventualmente, manufacturero. Así mismo, comienza a existir apropiación de sobretrabajo de otras aldeas bajo la forma de “tributos” (Vargas; 1990: 101). En este modo de vida algunos individuos se liberan del rol primario de productores y pasan a ocupar su tiempo en el procesamiento de materias primas (artesanos) o a distribuir los bienes manufacturados. Esto último implica el surgimiento de rangos, estamentos o jerarquías dentro de la estructura social, los cuales, probablemente, eran hereditarios (Vargas; 1990: 101). El status social de los dirigentes se ve acompañado de un patrimonio, lo que implica la separación, dentro del patrimonio colectivo, de uno reservado sólo para estos grupos; esto genera una institución que legitima la desigualdad social y permite que el plusproducto adquiera carácter de excedente de producción (Vargas; 1990: 101-2).

Un nuevo paradigma toma cuerpo en la arqueología

Luego del empirismo hegemónico del procesualismo la arqueología comienza a nutrirse de propuestas interpretativas y visiones críticas y la descripción fue dejada atrás por la interpretación y nace una nueva *episteme* en la historia del pensamiento arqueológico, la Arqueología Postprocesual. Esta nueva *episteme* abrió numerosos campos de estudio, los que no necesariamente nacieron de esta escuela de pensamiento, sino que son apropiados de otras disciplinas. La arqueolo-

gía histórica, la arqueología de espacio y del paisaje, el uso de la teoría, la arqueología simbólica, la teoría feminista en la arqueología, es dentro de esta última donde se enmarca el nacimiento de otras matrices de interpretación como la teoría del cuerpo en la arqueología.

La Arqueología del Cuerpo “influenciada por la fenomenología, teorías feministas y los trabajos de Foucault” (Joyce; 2005: 141), propone una semiótica en la producción, reproducción, acción y experiencia de los cuerpos en el pasado. Los arqueólogos estudian el cuerpo mediante tres clases de evidencia en el registro arqueológico, restos físicos humanos, arquitectura y paisaje e imágenes figurativas antropomorfas. Por ello deben tomar en cuenta que, la construcción de la experiencia corporal se constituye a partir de ciertos tipos diferentes de experiencia (Meskell; 1999).

Primero podemos mencionar una experiencia material del cuerpo, es decir, la forma en comemos, dormimos, caminamos, etc., la cual es diferente en cada individuo. Segundo, existen elementos sociales constitutivos y constructivos del cuerpo que dependen del contexto cultural. En tercer lugar, están las operaciones de sexo y/o de género en el cuerpo, además de todos los otros marcadores de identidad como sexualidad, edad, etc. Por último, hay la dimensión individual, la cuál es una experiencia de vida y de pensamiento única en nuestros propios cuerpos.

El cuerpo como objeto

Para comprender cualquier forma de figuración antropomorfa debemos separarlas en dos planos existenciales de la realidad. Un primer plano, que denominaremos, plano físico, es decir la realidad sensorialmente perceptible. Un segundo plano, cultural, es decir, los constructos simbólicos insertos en los objetos, la realidad representada (ver Augé; 1996: 44. Ver también Levi-Strauss 1971). Una cultura toma elementos del plano natural, los identifica, los separa, los significa y los simboliza pasándolos al plano cultural. En resumen, la finalidad es pensar el cuerpo como una cosa y la cosa, el objeto, como cuerpo.

Los objetos/cuerpo que nos interesan para esta investigación son símbolos modelados en arcilla. A diferencia de los objetos/cuerpos tallados o

esculpidos en roca o madera, se puede pensar que la arcilla permite una plasticidad y capacidad para conseguir formas más similares, es decir, metonímicas al cuerpo. En el caso de la estatuaria figurativa en Mesoamérica e incluso Colombia, son piezas de gran tamaño, poco manipulables, inmuebles. Las figuras antropomorfas de Venezuela, son piezas muebles que pueden ser transportadas y manipuladas, la gran mayoría con gran facilidad, esto nos lleva a otra propiedad plástica de la cerámica, se pueden modelar piezas figurativas igualmente imitativas al cuerpo que las estatuas líticas pero en una menor talla. Esto trae un elemento importante, las figuras miniaturas o el *miniaturism* (Bailey; 2005: 26).



FIG. 2A. Figura antropomorfa betijoque (Foto: Mirta Linero Baroni)

Reducir o aumentar la escala de algo implica dos cosas (Bailey; 2005: 28). La primera implica la irremediable pérdida de ciertos detalles cuando reducimos la escala de un objeto. Esta selección no es para nada aleatoria, se representa lo necesario para cumplir un fin específico. La segunda regla está relacionada al aumento de la escala y la poca practicidad, al momento de la manipulación y observación del objeto, cuando se trata de algo de gran tamaño. Esta manipulación de la realidad en una versión reducida implica dos procesos:

La abstracción implica la alteración y selección intencional de los detalles a representar en la

miniatura, los cuales, intervienen en el proceso de interpretación o aprensión de la figura y demanda que el espectador haga inferencias sobre ella. La comprensión implica la concentración que las miniaturas reproducen lo que es normal en la rutina día a día del espectador, es decir, “actividades y pensamientos al estar reducidos producen una expresión más densa de esa parte de la realidad de representan” (Bailey; 2005: 32).



FIG. 2B. Figura antropomorfa mirinday (Foto: Mirta Linero Baroni)

Las miniaturas tienen un efecto importante en las personas que las observan o las manipulan, las miniaturas agrandan al espectador, lo hacen gigante, omnipotente y omnisciente. Es decir, estas le dan el poder al espectador de controlar físicamente y a su antojo, una parte de la realidad que, sin este objeto figurativo, no estaría en capacidad de hacer. Hacen el mundo natural, generalmente inasible, más manejable. Una propiedad que debemos tomar en cuenta en las piezas que tenemos como muestra para esta investigación es su tridi-

mensionalidad. Al tener profundidad, se pueden pensar en ellas, por ejemplo, como contenedores de un contenido, que puede ser físico (agua, granos, etc.) o simbólico.

Tomando en cuenta lo dicho anteriormente, podemos ofrecer la definición de figuración antropomorfa cerámica que utilizaremos en esta investigación. Entendemos una pieza figurativa antropomorfa como una miniatura imitativa plástica tridimensional del cuerpo humano, real o ideal, a la cual se le agregan contenidos de manera intencional para comunicar a otros, aspectos reales y simbólicos de la cultura en cual ha sido producida la pieza. Para nosotros, estos contenidos pueden reflejar, como ya mencionamos, patrones ideológicos de las sociedades donde fueron producidas y utilizadas, como por ejemplo la relación entre los individuos y la incorporación del poder.

Los grupos tribales jerárquico-cacicales de los Andes venezolanos

Estos grupos se caracterizaron por una arquitectura lítica incipiente, terrazas agrícolas, canales de riego, acueductos, mintoyes (Wagner 1972; 1999, Vargas 1969) -cuya función principal era funeraria o de almacenaje para tubérculos y granos (silos)- muros de piedra, caminos, escaleras. Además de viviendas de bahareque, caña y madera (Wagner; 1999: 98).

El cultivo con terrazas era de campos pequeños, este dependía del uso de instrumentos manuales de labranza lo que limitaba la escala de las operaciones individuales y, hasta cierto punto, la distribución general del cultivo, pero no la intensidad del uso de la tierra (Sanoja y Vargas 1999).

La terracería no implica una alta densidad poblacional aunque si una sociedad organizada y especialmente estable. Este mejoramiento de los modos de uso de la tierra “tendían a reforzar la estratificación o jerarquización social basada en la gestión, la propiedad o la posesión de la tierra” (Sanoja y Vargas; 1999: 65).

Su base de subsistencia fue la agricultura, especialmente cultivaban maíz aunque también lo complementaban con yuca y la papa. Además de ello, la alimentación se completó con la recolección de frutos silvestres, caracoles de tierra y la cacería de conejos, picures, venados, báquiros,

aves e incluso la domesticación de animales (Wagner; 1988: 96). La interacción con otras zonas (al igual que el comercio y el intercambio) fue importante debido a la presencia de objetos culturales exóticos e igualmente restos zoológicos y botánicos de otras áreas.

Los entierros eran de tipo primario directo y eran cubiertos con piedras de moler y rodeados de fragmentos de cerámica, carbón, ceniza, mazorcas de maíz quemada y otro material votivo como placas aladas de serpentinita (Perera 1979) y vasijas, sobre todo incensarios policromos que reflejan funciones simbólico-religiosas ((Wagner 1999). También se presentan entierros indirectos que evidencia un tratamiento diferencial de los muertos.

La vida ceremonial de las comunidades andinas parece haber tenido varias formas de expresión, habría existido

“...una fase domestica (...) donde los incensarios trípodes hechos en arcilla servían, posiblemente, para quemar las nueces o la grasa de cacaco que se ofrecía como ofrenda a las divinidades. Otra fase individual, pero secreta, e habría cumplido en las cuevas que servían como adoratorios, donde los individuos, o posiblemente el chaman de la comunidad actuando como intermediario, depositaban sus ofrendas bajo la forma de frutos de cacao, vasijas, tejidos, pendientes alados, figurinas de arcilla o talladas en piedra, etc. Una tercera modalidad sería la festividad anual que se daba en la esfera del cotidiano público...” (Sanoja y Vargas; 1999: 68).

La representación antropomorfa tardía en el área andina de Venezuela. Estilos Betijoque y Mirinday

Luego de analizar ambos estilos notamos que, posiblemente como consecuencia de la división social del trabajo y el papel de los individuos dentro de una jerarquizada estructura política, la producción cerámica comienza a manifestar una lógica representacional distinta, en la que la figura humana se individualiza tanto en el sentido de separarse del orden artefactual *utilitario*, lo que

no ocurre en las sociedades igualitarias orinoquenses y comienza a gestarse en los grupos jerarquizados valencioides, como de enfatizar los rasgos particulares o específicos de los individuos representados.

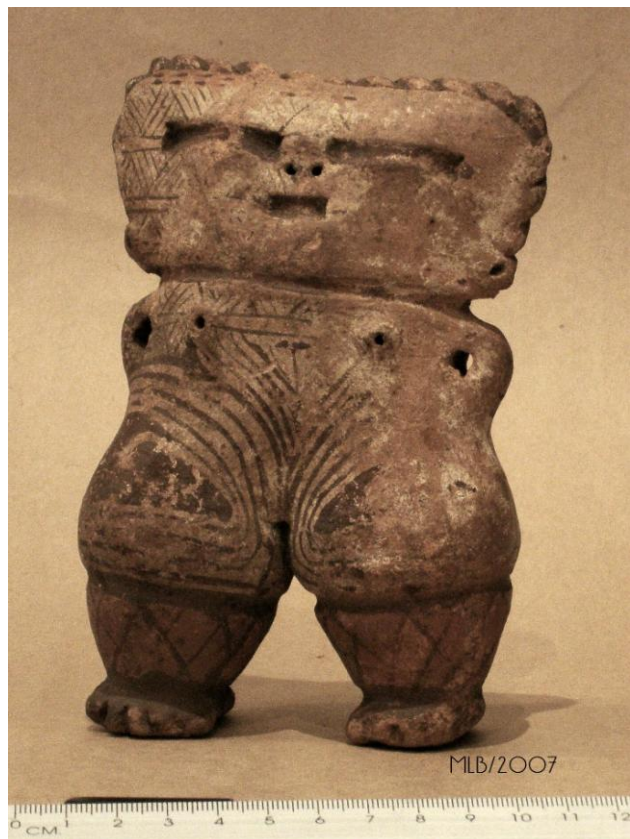


FIG. 3A. Figura antropomorfa betijoque (Foto: Mirta Linero Baroni)

También, la figura de lo masculino se hace claramente visible en ambos estilos, aunque no mas profusa que las figuras femeninas y asexuadas. Este fenómeno es único en esta colección en particular, al contrario a las anteriormente analizadas, a partir de la deconstrucción formal e iconográfica de las piezas Betijoque y Mirinday notamos una particular similitud en forma de representar los rasgos corporales y la decoración. Esto, al igual que en las sociedades barrancoide y saladoide, pudo ser consecuencia de una hermandad pantribal consecuencia de la proximidad espacial y temporal que compartían estos grupos andinos. Aunque no estamos sugiriendo que cumplió la misma función que en las culturas orinoquenses tempranas.



FIG. 3B. Figura antropomorfa mirinday (Foto: Mirta Linero Baroni)

Lo mismo ocurre con la decoración. Se presentan similitudes en los motivos pintados, pero cada sociedad mantiene elementos identitarios particulares, siendo la mayor profusión de piezas con pintura pertenecientes al estilo Betijoque y las piezas de poca o ninguna decoración pintada al estilo Mirinday. Sin embargo, para las sociedades barrancoides y saladoides, la representación simbólica del cuerpo responde a una relación hombre-naturaleza-cultura, la valencioide a una asociación de lo femenino con lo cultural-natural, para las sociedades andinas responde a dos cosas, por una parte, a la diferenciación entre lo masculino, lo femenino y lo feminizado y, por otro lado, a la relación entre lo sagrado y lo político. En estas sociedades estratificadas se construyó un discurso mediante el cual se igualaron las contradicciones sociales de tal forma que, lo ceremonial y lo estético se unificaron en el proceso de simbolización del poder, la subordinación y la desigualdad social entre individuos y géneros. El poder se reviste de sacralidad y esta sacralidad

“...se expresa en un orden que aparece como necesario y que se legitima con la su



FIG. 4. Figuras antropomorfas del Lago de Valencia. Serie Valencioide (Foto: Mirta Linero Baroni)

bordinación (...), haciendo de ella un instrumento de mando. Este principio “ordenador” que tiene el poder, parece tener resonancia no sólo en la organización social, sino también en las manifestaciones estéticas de las sociedades tribales, debido a que muchas de las formas ideológicas del poder suelen vivirse estéticamente...” (Delgado; 1989: 55).

Como mencionamos, dentro de esta cultura se produce una diferenciación plástica y probablemente conceptual del cuerpo y de la relación representativa sexo/género. Se representan individuos masculinos sedentes sobre un banco, femeninos sedentes sobre si y de pie, ninguno de ellos presenta apéndices como en el caso valencioide. También existen piezas que representan individuos asexuados que, de la misma forma que los grupos jerárquicos de la costa central de Vene-

zuela, se presentan feminizados, es decir, comparan elementos estéticos y simbólicos de las figuras femeninas.

Si bien hemos propuesto que en el caso valencioide la feminidad es asociada a lo cultural-natural, además que las piezas *asexuadas* tienden a ser femeninas (debido a similitudes morfológicas en la representación) y que lo masculino se representa estéticamente en otros medios (físicos o no), ¿qué ocurre en el caso de estas culturas andinas donde lo masculino es claramente representado en la cerámica? Pareciese que existe una feminización o un acercamiento a lo femenino en las piezas asexuadas. Ahora poniendo a un lado esto, ¿acaso estas representaciones figurativas representan individuos (aunque sea de forma conceptual) sin sexo? Probablemente la respuesta sea afirmativa. Estas piezas pueden representar individuos en un estado previo a “alcanzar” un estatus de género dentro de la sociedad mediante,

posiblemente, un ritual de paso como ocurre en culturas contemporáneas y, posiblemente, la feminización de estas piezas es producto de la asociación de estos individuos no adultos o en estado de niñez a la madre o al seno materno de la familia o del grupo, aunque no necesariamente eran exclusivamente las mujeres quienes criaban a los niños. En cuanto a la relación de lo masculino y lo femenino en esta cultura, se denota una gran importancia

“...de la mujer como reproductora de la fuerza de trabajo. Este sustrato económico se recrea, tanto simbólica como estéticamente, en la imagen de la mujer como icono. No obstante, la importancia centralizadora de la actividad económica, política, militar y religiosa que recae sobre la figura del cacique, se reproduce (...) en una iconografía que pone de manifiesto la fuerza y la solemnidad que le confiere el poder” (Delgado; 1989: 65).

Como se aprecia, luego del análisis de la muestra, la parafernalia representada en piezas Betijoque y Mirinday no implica, con excepción de la perforación del lóbulo, una modificación del cuerpo como en el caso de Valencia. Incluso el tatuaje no involucra un cambio en la naturalidad de la piel y las proporciones corporales como, por ejemplo, lo hacen la escarificación y la deformación craneal intencional.

Acercamiento teórico final a la figuración antropomorfa de los estilos betijoque-mirinday y su comparación con las series barrancoide-saladoide y valencioide

Una vez finalizado este largo recorrido teórico a través de representaciones figurativas de sociedades de los andes de Venezuela, estamos listos para realizar una propuesta integrativa final para la comprensión de estos fenómenos estéticos, producto, como vimos, de contextos específicos de producción tecnológica, sociopolítica e ideológica de cada sociedad. La teoría del cuerpo y la metodología propuesta para esta investigación nos permitió asumir los diferentes objetos de estudio como totalidades concretas y abordar el

estudio de la figuración antropomorfa, no como elementos particulares y apartados de las demás esferas sociales, sino como parte de la dinámica total de cada una de las culturas estudiadas, como por ejemplo la organización social y las representaciones materiales del poder.

Retomemos un poco lo dicho, a manera de conclusión intracultural, para cada una de estas sociedades. Como vimos cada forma de representación responde a la relación entre los individuos de la cultura productora y su ambiente, entre individuos o entre ámbitos sociales como lo político y lo ceremonial. La contradicción principal de los grupos barrancoide y saladoide era la relación hombre-naturaleza y su incorporación a la cultura pensado estos como un todo indisoluble. Para el caso valencioide, lo contradictorio subyace en la asociación de la feminidad representada en las figuras con la representación cultural (física) de *la mujer* como un concepto abstracto y naturaleza en forma de apéndices zoo y fitomorfo. Más, sin embargo, la figura humana no es pensada dentro de un sistema natural total. Esto último debido a la importancia del individuo en sistemas políticos estratificados. En cambio, en el caso de las sociedades andinas, existe una marcada separación total entre hombre-naturaleza y, ésta última, no se asocia directamente a la cultura. Lo político-ceremonial toma un papel central en las representaciones estéticas del cuerpo. También existe una clara diferenciación entre lo masculino y lo femenino. Sobre esto podemos concluir que las formas o modos de representar al ser social, mediante cuerpos modelados en cerámica, guarda una correspondencia directa con la relación individuo-naturaleza-cultura-sociedad en términos de los modos de vida e ideologías específicas de cada cultura.

En relación al hecho de si en estas sociedades la figuración antropomorfa cerámica refleja prácticas corporales o performatividad de la sociedad a la que pertenecen, podríamos decir que, al menos con la muestra analizada, sólo logramos suponer que las figuras masculinas andinas refieren a actividades rituales, debido a que estas se encuentran más activas estéticamente que las figuras femeninas, las valencioide y orinoquenses. Dentro de los atributos pictográficos y su relación con la representación del género, la feminización



FIG. 5. Figuras antropomorfas del Orinoco y costa central. Serie Barrancoide (Foto: Mirta Linero Baroni)

de ciertas piezas clasificadas como asexuadas, en las sociedades de la costa central y Andes opuesta a la representación de lo masculino en el caso Betijoque-Mirinday. En cuanto a la representación del género en cada una de estas culturas podemos decir que, en el caso del Orinoco, las piezas se presentan como asexuales, es decir, no se representa sexo biológico en casi ninguna pieza, lo cual no da un marco comparativo entre los caracteres biológicos, decorativos y de género.

Los valencioides, los cuales tampoco representan figuras claramente masculinas, particularmente en cuanto a sus piezas figurativas, podemos definirlos como femeninos, debido a la generificación (*engendering*) de sus representaciones antropomorfas bajo cánones estéticos feminizados. En los Andes, ocurre algo similar entre las representaciones femeninas y asexuadas; sin embargo, aparece la figura masculina proporcionan-

do un patrón estético de comparación por oposición. Esto nos permite definirlos como sexuales, debido a que se crea una división figurativa simbólica entre lo femenino-masculino y hombre-mujer. Ahora, ¿estos mismos atributos estilísticos de figuración que puedan funcionar como marcador de estatus dentro de cada sociedad? Para el caso barrancoide-saladoide probablemente no tenga cabida esta pregunta debido a que en una sociedad igualitaria no existen estatus sociales más allá de ciertos rangos adquiridos durante ciertos momentos (guerra, ceremonias, etc.) y dentro de la relaciones de parentesco.

En cambio, los valencioides y los grupos Betijoque-Mirinday denotan una incorporación del poder mediante las representaciones de la deformación craneal intencional-máscaras y las figuras masculinas sedentes sobre un dúho y sosteniendo un bol como representaciones activas de lo políti-

co respectivamente. Es decir, a través de las piezas antropomorfas evidenciamos tres relaciones de poder diferentes. Primero un poder cultural-natural en los barrancoides-saladoideos, un poder sociocultural en el caso de los valencioides y el poder individual en los Andes. Por último, a través de la figuración antropomorfa cerámica pudimos observar las modificaciones, alteraciones o intervenciones del y sobre el cuerpo practicadas por los individuos de las distintas sociedades estudiadas, exceptuando las del Orinoco. La tradición valencioide incorpora dentro de sus cánones estéticos la deformación irreversible del cuerpo, mediante la deformación del cráneo desde el nacimiento de los niños, hasta las perforaciones del lóbulo y las escarificaciones en el rostro como una incorporación o inscripción del estatus social y probablemente del concepto de belleza socialmente aceptado y, como veremos, probablemente divulgados. Para los Andes ocurre algo diferente. El interés no es de-formar el cuerpo, sino in-formarlo mediante una escritura, probablemente no permanente, a través de la pintura corporal o de forma permanente mediante los tatuajes, los cuales, pueden ser modificados con otros tatuajes o sobre escritos con pintura en ciertos momentos o, incluso, la decoración quizás nunca estuvo sobre algún cuerpo sino que se inscriben sobre la representación cerámica para señalar cierto tipo de incorporación social, como la pertenencia a un grupo específico.

Esto, aparte de responder a cánones estéticos de lo bello, pudo estar asociado al sistema cosmogónico igualmente aceptado y divulgado en la sociedad. Igualmente, no descartamos que probablemente ciertas cuestiones decorativas respondieran a decisiones estilísticas.

Dichos acuerdos estilísticos pudieron ser:

- 1) Normativos, es decir impuestos por la sociedad.
- 2) Funcionales, por ejemplo, en el caso de sostener la máscara, pudo ser, al contrario de lo que nosotros suponemos, realmente un soporte estructural.
- 3) Simbólico, queriendo representar acciones o sentimientos, volviendo al caso de las manos, el hecho de representarlos sobre el rostro o en la cintura pudo tener significados antagónicos.

- 4) Representacionales, es decir, la figura en realidad sostiene una máscara.
- 5) Por último, individuales, teniendo el o la artesana el libre albedrío de colocar las manos en el rostro o en las caderas, representarlas sedentes o de pie, sexuada o asexuada.

Estas piezas figurativas pudieron cumplir un papel importante en la divulgación de un mensaje político, ideológico, ceremonial y porque no estético, en relación a la construcción del ser social, así como en la sociedad moderna, las muñecas juegan un rol para el aprendizaje (inconsciente) en niños (y también en adultos) de las relaciones de género, jerarquías sociales, lo estético y conductualmente aceptado, etc. De hecho, como constituyente en la definición individual de la persona social, las muñecas o muñecos aportan sin el menor esfuerzo una imagen previamente convenida que dicta, por ejemplo, la ropa o el comportamiento sexual socialmente apropiado (Bailey; 2005: 70).

En relación a esto, proponemos que las piezas figurativas andinas y valencioides, mediante la manipulación, son formas expresión y contemplación de la identidad socialmente promulgada y aceptada por la sociedad en la que estas fueron producidas y utilizadas; por ello la importancia de la miniaturización del cuerpo socializado. Estas figuras simplificaban cada uno de los microcosmos simbólicos, estéticos e ideológicos y abrían un mundo de relaciones tan extenso y complejo que de otra forma sería virtualmente inasible. Los fenómenos estético-figurativos del pasado prehispánico venezolano son poderosos vehículos utilizados por la sociedad para proponer, negociar, interactuar o cuestionar identidades personales o comunales, donde el cuerpo está lleno de intencionalidad y significados en su representación material.

Referencias bibliográficas

- ANTCZAK, M. y A. ANTCZAK (1999) La esfera de interacción Valencioide. En: *Arte Prehispánico de Venezuela*. Editado por Miguel Arroyo, Lourdes Blanco y Erika Wagner. pp. 136-154. Galería de Arte Nacional, Caracas.

- ANTCZAK, M. y A. ANTCZAK (2006) *Los ídolos de las islas prometidas. Arqueología prehispánica del archipiélago de Los Roques*. Editorial Equinoccio, Caracas.
- ANTOLINEZ, G. (1941) Arqueología comparada. Figuración del otro yo en nuestro arte prehispánico. En: *El agujero de la serpiente*. Gilberto Antolinez. Editado por O. Barreto. 1998. Vol. II. Ediciones de la Oruga Luminosa. Pp. 373-400. Colección de Voces Secuestradas, San Felipe.
- AUGÉ, M. (1996) *Dios como objeto. Símbolos-cuerpo-materias-palabras*. Editorial Gedisa, Barcelona.
- BAILEY, D. (2005) *Prehistoric figurines. Representation and corporeality in the Neolithic*. Routledge, Londres.
- CRUXENT, J. e I. ROUSE (1958) *Arqueología cronológica de Venezuela*. 2 vols. Ernesto Armitano Editor, Venezuela.
- DELGADO, L. (1989) *Seis ensayos sobre estética prehispánica en Venezuela*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- ESCALANTE, N. (2007) *Análisis del concepto histórico del cuerpo femenino dentro de los cacicazgos Valencia (1200- 1300 d.C.)*. Trabajo final de grado para optar por el título de Antropólogo. UCV, Caracas.
- ESCALONA VILLALONGA, C. (2009) *Los cuerpos de barro: análisis estilístico-estético-comparativo de la figuración antropomorfa en la cerámica prehispánica de Venezuela. Series barrancoide-saladoide, valencioide y estilos Betijoque-Mirinday*. Trabajo final de grado para optar por el título de Antropólogo. UCV, Caracas
- JOYCE, R. (2005) Archaeology of the body. En: *The Annual Review of Anthropology*. 34: 139-158.
- KOTTAK, C. (2003) *Espejo para la humanidad. Introducción a la antropología cultural*. McGraw-Hill, Madrid.
- LEVI-STRAUSS, C. (1964) *El pensamiento salvaje*. Fondo de Cultura Económica, México.
- LEVI-STRAUSS, C. (1971) Introducción a la obra de Marcel Mauss. En: *Sociología y Antropología*. Marcel Mauss. Editorial Tecnos, Madrid.
- MESKELL, L. (1999) *Archaeologies of social life. Age, sex, class et cetera in ancient Egypt*. Blackwell, Londres.
- NAVARRETE, R. (2006) *Nosotros y los otros. Aproximación teórico-metodológica al estudio de la expresión de la etnicidad en la cerámica de las sociedades barrancoide y ronquinoide en el bajo y medio Orinoco (600 a.C.-300 d.C.)*. Monte Ávila editores, Caracas.
- SAHLINS, M. (1972) *Las sociedades tribales*. Editorial Labor, Barcelona.
- SANOJA, M. (1979) *Las culturas formativas el oriente de Venezuela. La tradición Barrancas del bajo Orinoco*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- SANOJA, M. (1981) *Los hombres de la yuca y el maíz. Un ensayo sobre el origen y desarrollo de los sistemas agrarios en el mundo*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- SANOJA, M. (2006) *Memorias para la integración. Ensayo sobre la diversidad, la unidad histórica y el futuro político de Sudamérica y el Caribe*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- SANOJA, M. e I. VARGAS (1974) *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. Monte Ávila, Caracas.
- SANOJA, M. e I. VARGAS (2006) Las sociedades arcaicas del bajo Orinoco. En: *Pueblos y paisajes antiguos de la selva amazónica*. Editado por G. Morcote, S. Mora y C. Franky. Pp. 63-80. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- SANOJA, M. e I. VARGAS (2007) Las sociedades formativas del noreste de Venezuela y el Orinoco medio. En: *International Journal of South American Archaeology I*: 14-23.
- VARGAS, I. (1969) *La fase San Jerónimo. Investigaciones arqueológicas en el Alto Chama*. Instituto de investigaciones Económicas y Sociales, Caracas.
- VARGAS, I. (1981) *Investigaciones arqueológicas en Parmana*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- VARGAS, I. (1990) *Arqueología, ciencia y sociedad. Ensayo sobre la teoría arqueológica y la formación económico social tribal en Venezuela*. Editorial Abre Brecha, Caracas.

WAGNER, E. (1971) Arqueología de los andes venezolanos. En: *Arte prehispánico de Venezuela*. Editado por Miguel Arroyo, José Cruxent y Sagrario Pérez. Fundación Eugenio Mendoza, Caracas. Pp. 255-6.

WAGNER, E. (1972) La protohistoria e historia inicial de Boconó, estado Trujillo. En: *Antropológica* 33: 36-60.

WAGNER, E. (1988) *La prehistoria y etnohistoria del área de Carache en el occidente venezolano*. Universidad de los Andes, Mérida.

WAGNER, E. (1999) La región andina. En: *Arte Prehispánico de Venezuela*. Editado por Miguel Arroyo, Lourdes Blanco y Erika Wagner. pp. 90-105. Galería de Arte Nacional, Caracas.

Recibido: 12 de diciembre de 2011.

Aceptado: 24 de enero de 2012.

Excavaciones en la Finca de Dos Marías, Camagüey, Cuba

Hale G. SMITH (†)

Florida State University, Tallahassee (Estados Unidos de América)

Traducción: Odlanyer Hernández de Lara

Revisión: Alfredo E. Figueredo

El Departamento de Antropología y Arqueología de la Florida State University fue invitado por la Junta Nacional de Arqueología y Etnología y el Grupo Guamá llevar a cabo investigaciones en Cuba como parte de su Programa de Investigaciones Antillanas. Esos grupos y otros están vitalmente interesados en la prehistoria de su país¹.

Nuestra expedición a Cuba tuvo una doble intención: hacer investigaciones arqueológicas y coleccionar musgos. Este último trabajo fue realizado por el botánico de la Florida State University, Dr. Kenneth Wagner.

El trabajo arqueológico designado para hacer fue en La Finca de Dos Marías, localizado cuatro millas al noroeste de Jatibonico, Camagüey, Cuba. Nosotros teníamos planeado originalmente hacer nuestras investigaciones en el área de Bayamo de la provincia de Oriente. Sin embargo, al llegar a La Habana, el Dr. Oswaldo Morales Patiño, anterior presidente de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, nos dijo de un sitio de indios recién descubierto en Jatibonico y nos instó a examinar este sitio.

El sitio es una aldea india prehistórica en una tierra que es ahora propiedad del Señor Arturo Diez y fue descubierto por el Señor Evelio A. Echevarría.

Los indios que seleccionaron este particular sitio para una aldea eran capaces de dominar una vista de casi toda el área circundante. La aldea fue ubicada encima y en lo alto de la pendiente de una larga colina que tenía su base a unos 200 metros al oeste de un pequeño río.

Notamos que el área entera había sido desmalezada, y la hierba, que crece muy espesa, ha sido plantada como alimento para el ganado vacuno.

Los 38 montículos que están presentes no están en ningún patrón discernible, sino que están dispersos de manera fortuita sobre cerca de diez acres. Tienen un rango de altura desde alrededor de un pie hasta cinco pies. En la excavación, hallamos que estos eran montículos de viviendas o áreas donde la basura de actividades domésticas se ha acumulado.

Como nuestro tiempo y fondos eran limitados, no hicimos ninguna excavación a gran escala. Recolectamos varias áreas del sitio y realizamos algunos sondeos en cuadrículas y trincheras. Descubrimos que sólo una cultura estaba representada allí, y aparentemente no estuvo presente por un largo período de tiempo.

La apariencia de este sitio antes de la excavación era como los sitios indios hallados en el estado de Illinois e Iowa. Los montículos más largos son idénticos en forma a los montículos de entierros hallados en el medio-oeste de Estados Unidos. Sin embargo, al hacer una excavación de prueba e uno de estos montículos, encontramos que los desechos de los indios formaba sólo una delgada capa de cerca de medio metro sobre la superficie. El núcleo del montículo era un peñasco de caliza que fue desintegrada mucho antes de

¹ Texto publicado en *The Florida Anthropologist*. Vol. VII. No. 1:19-21. March, 1954. Traducido con el permiso de: Keith Ashley, Editor, *The Florida Anthropologist*. Agradecemos a *The Florida Anthropologist* y a la Florida Anthropological Society, por permitirnos su traducción y publicación. Nota del traductor.

la habitación del sitio. Esto vino a la luz después de que dolorosamente hiciéramos un pozo de sondeo en el centro del montículo. El material que fue descubierto por nuestra excavación indicó que todos los montículos eran contemporáneos.

Los indios Sub-Taínos en el sitio de La Finca de Dos Marías eran principalmente gente productora de yuca. Sus aldeas en la sección central y oriental de Cuba oscilan desde las ocupadas por algunas familias hasta las mayores conformadas por muchas familias. Unas de las aldeas más grandes excavada hasta la actualidad está en el área de Banes. Aquí un sitio arqueológico denominado El Mando (Rouse, 1942) cubre unos cincuenta acres y está a ocho kilómetros del mar. El sitio Finca Dos Marías no es tan grande como El Mango y está más lejano tierra adentro, estando cerca de cuarenta kilómetros del mar.

Teniendo en cuenta que el sitio de La Finca de Dos Marías está a tal mayor distancia relativa del mar, no hay muchas evidencias de una dieta marina en la basura. Probablemente los indios Sub-Taínos que se asentaron en esta área inicialmente vinieran desde tierra adentro hacia la costa vía el Río de Jatibonico del Sur. Río de Valle, que aflora cerca de un kilómetro y medio de la aldea india, confluye con el Río de Jatibonico del Sur, por lo que sería relativamente fácil para los indios en canoas llegar a esta área.

En la basura dejada por los indios encontramos una importante cantidad de huesos de jutía. La jutía es un animal grande, parecido a una rata, y fue utilizado por los indios como una buena fuente de comida. Caracoles de tierra de varios tipos fueron bastante abundantes, aunque estos no fueron encontrados en cantidad para garantizar su supuesto uso para más que una ocasional merienda o condimento para sopas. Un largo número de huesos de aves agrietados de varios tipos indica que las aves fueron capturadas en cantidades. Estos huesos no han sido todavía identificados, pero creemos que estos representan restos tanto de aves de tierra como de agua. La única evidencia directa de restos de dieta de los indios fueron huesos de pescados.

Secciones de planchas, o burenes, aparecieron en abundancia. Los indios hicieron sus planchas de arcilla cocida. Las tortas o "pan" de Yuca eran cocinadas sobre estas planchas.

La alfarería de este sitio es del mismo tipo que aparece en el área de Banes. Los útiles van desde formas naviculares hasta vasijas globulares con bases aplanadas. Alrededor del borde de las vasijas varios tipos de decoraciones suelen tener lugar. La decoración puede tomar la forma de asas antropomorfas o zoomorfas esculpidas y/o líneas incisas o punteadas que corren alrededor del perímetro de la vasija. Generalmente, ambas partes, dentro y fuera de la vasija, fueron pulimentado por alisado.

Las conchas marinas fueron encontradas de diversas especies, las más numerosas fueron la oliva y la vieira. El caracol de oliva fue hecho cuentas y la vieira fue utilizada como raspador para trabajar la madera y las pieles. También fueron encontrados conchas talladas como ornamentos y pendientes, pendientes de dientes de tiburón y esferas de piedra.

En resumen, se puede decir que nuestra excavación en La Finca de Dos Marías reveló una cultura del pueblo aruaco que se estableció en esta área cerca del 1300-1400 A. D. Es posible que este sitio fuera ocupado hasta el 1500, o un poco de tiempo después, y se haya extinguido como una aldea debido a la destrucción de los grupos nativos por los europeos.

Literatura citada

- ROUSE, Irving
1942. "Archeology of the Maniabon Hills, Cuba,"
Yale University Publications in Anthropology,
no. 26. New Haven.

Primera campaña de excavación en Pueblo Viejo de Nuevitas, Camagüey, Cuba

Iosvany HERNÁNDEZ MORA

Gabinete de Arqueología. Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey, (Cuba)

E-mail: iosvany@ohcc.co.cu

La ciudad de Camagüey posee uno de los mayores centros históricos urbanos de Cuba, con una zona declarada por la UNESCO Patrimonio Cultural de la Humanidad en 2008. El Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey (OHCC) como parte de su estrategia investigativa, impulsa el estudio tanto de la ciudad como de aquellos espacios que se le relacionan en el territorio, sin los cuales es imposible comprender su formación y particularidades culturales. El sitio Pueblo Viejo en el área del Guincho —ubicado en la bahía de Nuevitas al norte de la provincia de Camagüey— está vinculado al nacimiento de la villa de Santa María del Puerto del Príncipe, actual ciudad de Camagüey, lugar probable de fundación, según la historiografía, en la segunda década del siglo XVI (1514 o posiblemente 1513). A la vez, Pueblo Viejo antecedió el surgimiento y desarrollo de San Fernando de Nuevitas, enclave urbano que nació en la segunda década del siglo XIX, con una clara intencionalidad de servir como puerto comercial de la comarca camagüeyana, y en especial de Puerto Príncipe, nodo principal de la región. El estudio del sitio, con sus vínculos espaciales y temporales, no solo es importante para la historia de la provincia, sino también para Cuba, pues permite abordar una de las problemáticas principales de las ciencias sociales en el conocimiento del llamado mundo moderno: las relaciones sociales bajo los condicionamientos de la colonización europea de nuestras tierras.

Por su complejidad, trascendencia histórica y potencialidad arqueológica, el yacimiento fue escogido para la capacitación de nuevos investigadores a través de actividades teórico-prácticas,

concebidas en el proyecto *Equipos y prácticas arqueológicas para la Escuela de Oficios Francisco Sánchez Betancourt* que la OHCC, bajo la dirección general del Lic. José Rodríguez Barreras, desarrolla desde el 2011, gracias a la cooperación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), con el objetivo de contribuir al proceso de salvaguarda del patrimonio cultural de la ciudad y fortalecer las capacidades de la institución en el ámbito de la formación técnica especializada en arqueología.

Los primeros trabajos arqueológicos en el sitio se remontan a los años 1964, 1973 y 1976 cuando fue intervenido por los arqueólogos Rodolfo Payarés Suárez —pionero de la arqueología del período colonial en Cuba, a quien se dedica la investigación científica—, y la Dra. Lourdes S. Domínguez. En el 2006 se revitalizó la labor con el estudio de los procesos investigativos precedentes, y en el 2007 comenzaron los trabajos prospectivos con una cala exploratoria contigua a las excavaciones de 1976, en la cual se comprobó la presencia de una compleja estratigrafía y se obtuvo material cultural novedoso. El levantamiento microcartográfico de un área de 10000 m² en el sitio y la caracterización aproximada del subsuelo mediante métodos geofísicos —magnetometría y tomografía eléctrica—, realizados junto a la Empresa Geominera de Camagüey, ofrecieron en aquel momento una visión más completa y nuevos elementos a considerar.

En el año 2010 se determinó, mediante exploración y documentación histórica, la existencia de un área arqueológica que sobrepasaba los límites del sitio Pueblo Viejo, constituida por los siguien-

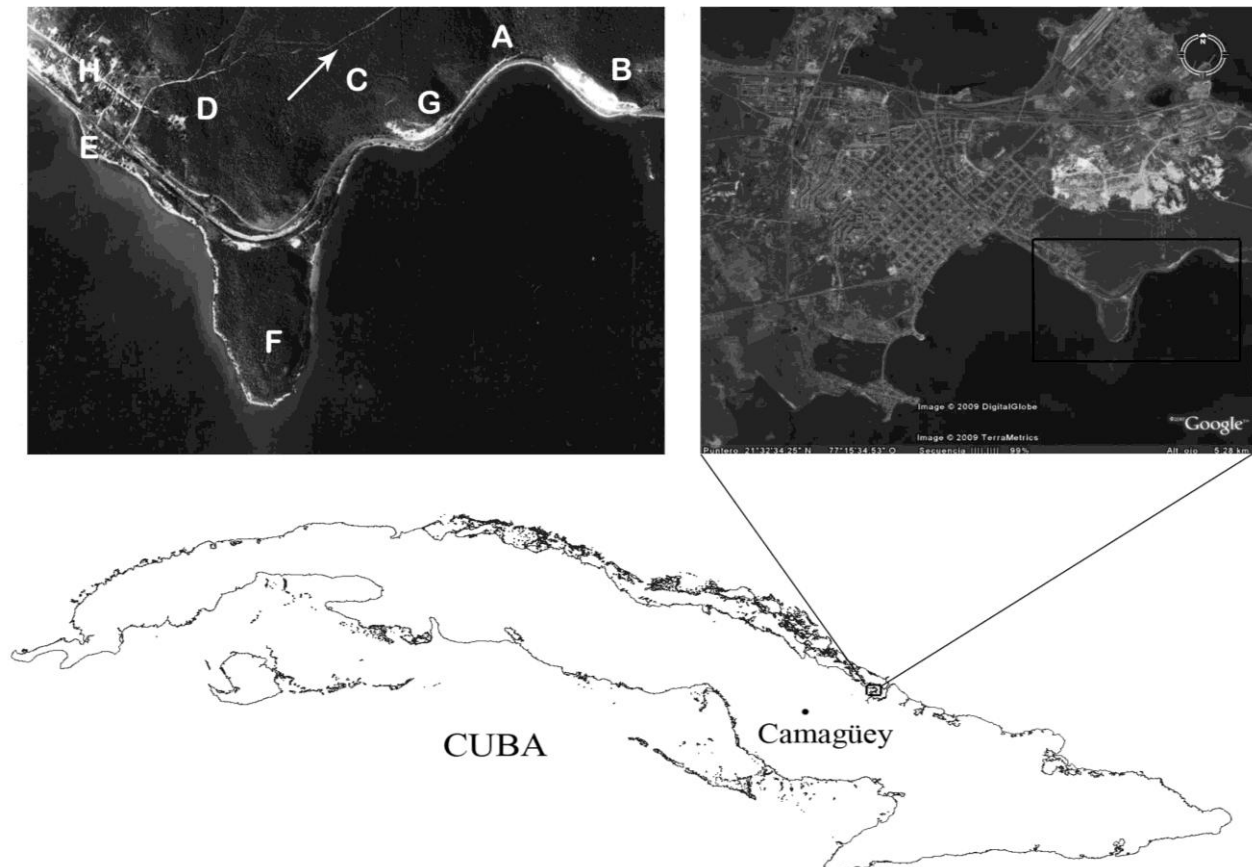


FIG. 1. Área arqueológica en la bahía de Nuevitás, Camagüey, Cuba. Elementos que la componen y otras localizaciones: A.- Pueblo Viejo. B.- Restos constructivos de la batería El Soberano. C.- Tramo del antiguo camino de Pueblo Viejo a Santa María de Puerto Príncipe. D.- Vestigios de Hacienda Vieja. E.- Pequeño conchal en la desembocadura del arroyo El Guayabo. F.- Punta del Guincho. G.- Loma del Vigía (contexto transformado por obras militares). H.- Poblado de La Gloria

tes espacios y estructuras: un pequeño conchal en la desembocadura del arroyo El Guayabo; parte del antiguo camino empedrado que unió Pueblo Viejo con la Villa de Santa María en tiempo colonial; vestigios de lo que se conoció como Hacienda Vieja, cerca del citado conchal; restos de sendas construcciones —muros de piedra caliza con argamasa a base de cal— de la batería que protegía el poblado a finales del siglo XVIII y principios del XIX, ubicada en la elevación conocida como El Soberano y que flanquea el sitio en dirección sureste.

A partir de este examen se proyectó un nuevo estudio que tuvo como momento central las recientes excavaciones llevadas a cabo del 29 de febrero al 30 de marzo del año en curso. En ella participaron un grupo de investigadores e instituciones nacionales e internacionales: Dr. Marcelo Norman Weissel de la Fundación de Historia

Natural Félix de Azara, Universidad Maimónides, Buenos Aires, Argentina; el doctorando Javier Rivera Sandoval, antropólogo físico de la Fundación Erigaie, Bogotá, Colombia; especialistas del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, con su director el reconocido estudioso Roger Arrazcaeta Delgado; el equipo de trabajo del Gabinete de Arqueología de la OHCC junto a los alumnos de la Escuela de Oficios Francisco Sánchez Betancourt. De igual manera se contó con la colaboración de miembros del Centro de Investigación del Medio Ambiente de Camagüey, el Museo Provincial Ignacio Agramonte Loynaz, la Universidad de Camagüey Ignacio Agramonte Loynaz y la Sociedad Espeleológica de Cuba.

En esta nueva campaña se realizaron 12 calas exploratorias y se excavaron en área abierta cuatro secciones de dimensiones variables la no. 4,

10 x 10 m; no. 6, 7 x 7 m; no. 5, 5 x 5 m y no. 8, 6 x 5 m, con el propósito de registrar funcionalidades espaciales. La decisión de los lugares a intervenir estuvo fundamentada en el cruzamiento de la información obtenida a través de las observaciones en el terreno, la prospección geofísica, el análisis de documentación histórica y los registros de las excavaciones y calas anteriores.

En todas las secciones se instrumentó la lectura estratigráfica mediante los principios de Edward C. Harris. Los levantamientos planimétricos por estratos e interfaces, además de la ubicación tridimensional del material arqueológico se realizaron con niveles y teodolito ópticos, teniendo como referencia la cartografía obtenida en el 2007 con nivelación trigonométrica. En lo fundamental los estratos se rebajaron a picoleta y cucharín y se utilizaron cernidores con mallas metálicas de 3 y 5 mm de abertura. Para sistematizar la información de cada unidad estratigráfica se utilizaron fichas de registro además de las notas de campo y el registro fotográfico. En todos los casos se obtuvo muestras para análisis petrográfico, de suelo y material orgánico para fechamiento absoluto. Dadas las condiciones de sequía en esta época del año, durante la campaña se pudieron explorar a profundidad los sectores que conforman el área y el valle en el cual se encuentra el sitio, con el hallazgo en dirección noroeste de otras zonas fértiles que poseen estructuras de piedra, una de ellas parcialmente excavada en la recién concluida campaña. Este elemento motivó replantear la extensión inicial del sitio a unos 50000 m².

El material arqueológico exhumado en la excavación sugiere una ocupación temprana y sostenida del espacio desde la primera mitad del siglo XVI hasta igual período del XIX. Del mismo modo se observaron estratos antrópicos únicamente indígenas, sobre los cuales resta determinar si pertenecen a una ocupación precolombina o este grupo —agricultor y ceramista— fue trasladado por los hispanos hasta el lugar a inicios del siglo XVI. Otra hipótesis que se maneja es la supervivencia de marcados elementos culturales indígenas hasta el siglo XVIII e inicios del XIX.

Es importante señalar que durante la campaña se comprobó que el área había sido objeto, en varias ocasiones de alteraciones por parte de buscadores de tesoros. En tal sentido la exploración a

los restos de la batería El Soberano arrojó que los muros en algunas de sus partes fueron afectados por este tipo de sucesos. La zona donde se llevaron a cabo los trabajos parece haber estado relacionada con el comercio ilícito en época colonial, hecho que alimenta el imaginario popular de leyendas sobre tesoros ocultos, lo que a su vez ha naturalizado las prácticas de saqueo entre algunos pobladores. En más de una ocasión se recogieron testimonios de fortunas enterradas y de un cementerio —que no apareció—, incluso un poblador solicitó al equipo de trabajo ayuda para detectar y extraer las monedas de oro que el alma de una mujer le había revelado.

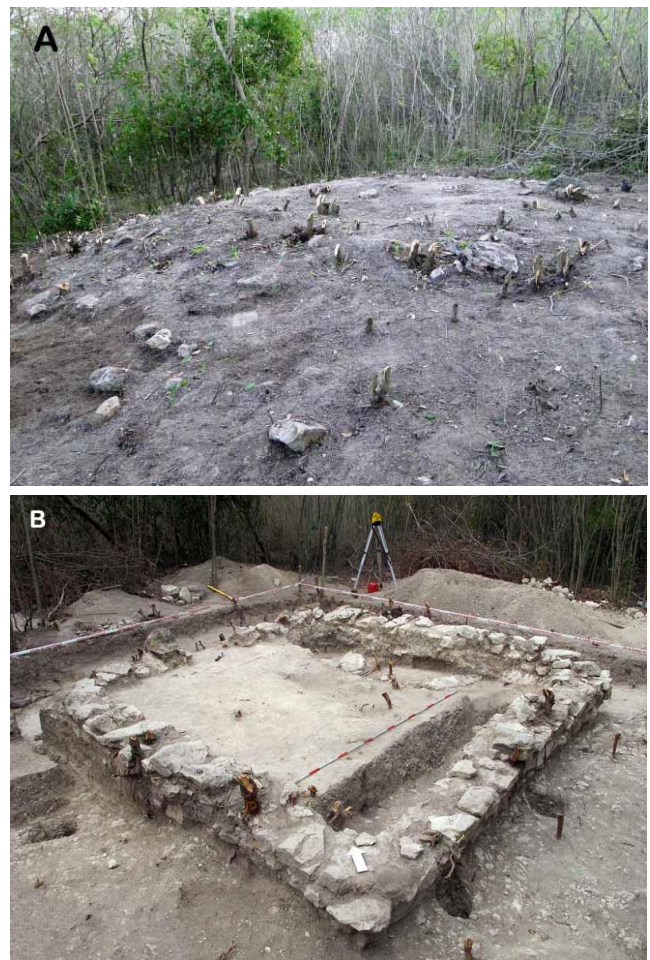


FIG. 2. Estructura de Piedra en la sección 6 poco después de su hallazgo (A) y excavada (B)

Estas ideas manejadas por la población, sumado al hecho que el área es un patrimonio no declarado, sin protección legal, motivaron el contacto del equipo de trabajo con autoridades municipales y habitantes del barrio La Gloria, uno de los



FIG. 3. Reunión del día 17 de marzo con la comunidad La Gloria. (C): El MSc. Iosvany Hernández Mora, director del proyecto arqueológico, dialoga acerca del proyecto y las características y potencialidades del área.(D): Roger Arrazcaeta Delgado, director del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, muestra y explica a los interesados el material arqueológico recuperado

espacios habitados cercanos al lugar de las excavaciones. El día 17 de marzo se realizó una acción pública en la comunidad para explicar las particularidades del proyecto, sus alcances y propósitos, las características arqueológicas del área y la necesidad de su conservación. En esa oportunidad se mostraron artefactos y restos materiales recién excavados en el sitio y se estimuló a los pobladores a visitar los trabajos que se estaban realizando.

La campaña contó con una excelente cobertura periodística a través de la prensa escrita, la radio y la televisión. La información mediática actualizó sobre el proceso y las especificidades del registro arqueológico, se pretendió subrayar con ello la educación patrimonial, aspecto de especial trascendencia para lugares que tienen en la población más cercana su mayor posibilidad de conservación y manejo.

Nuevos hallazgos arqueológicos en Mayabeque

Jorge F. GARCELL DOMÍNGUEZ

Dirección Provincial de Patrimonio de la provincia de Mayabeque (Cuba)

E-mail: jgnanok@cubarte.cult.cu

La reciente finalizada campaña de excavación arqueológica y los descubrimientos de vestigios de dos momentos culturales diferentes, relacionados con la historia nacional, fueron noticias en el medio científico y social de la región en los últimos tiempos, cuyos hallazgos ratifican, una vez más, la identidad de la joven provincia Mayabeque.

La localización de un nuevo sitio arqueológico en la provincia, se realizó en el mes de agosto, entre los límites de San José de las Lajas y Jaruco, al pie de un extenso farallón en la finca El Paraíso, de la localidad de Santa Bárbara, Jaruco. Estos llevaron al traste un decepcionante encuentro con un espacio patrimonial, a censar, que había sufrido una intensa y amplia destrucción por buscadores furtivos de tesoros, que dejaron expuesto una amplia cantidad de piezas abandonadas y la remoción del sustrato de sedimento que las contenía. Todo ello acarreó con la denuncia inmediata al Consejo Nacional de Patrimonio Cultural (CNPC), que a consulta con la Comisión Nacional de Monumentos aprueban una excavación arqueológica de urgencia, con el objetivo de salvaguardar las piezas abandonadas, el cernido de las acumulaciones de sedimentos y completar la excavación en las áreas no dañadas.

Del 8 al 15 de noviembre del 2011, se desarrollaron las tareas de campo, comandadas por el Máster en Arqueología y Arquitecto Jorge F. Garcell Domínguez, especialista de la Dirección Provincial de Cultura de Mayabeque, en función de director de la campaña, acompañado por especialistas del Gabinete de Arqueología, estudiantes de esa especialidad de la Escuela Taller Gaspar Melchor de Jovellanos de la Oficina del Historiador de La Habana y técnicos de los museos de Jaruco

y Madruga, además de miembros de la Sociedad Espeleológica de Cuba representados por los grupos “Guamuaya” del municipio de Guanajay, “Jaruco” de esta localidad y “Combate de Moraliitos” de San José de las Lajas, entre otros colaboradores y vecinos que se sumaron en la localidad.



FIG. 1. Paisaje natural cercano a la cueva



FIG. 2. Espacio excavado en la cueva



FIG. 3. Conjunto de restos humanos



FIG. 4. Excavación de uno de los enterramientos

Las jornadas de trabajo dentro de la campaña llevaron a la recuperación de dos bolsones compuestos por restos humanos, proveniente de varios individuos sin orden alguno, a manera de entierros secundarios, al fondo del pequeño abrigo rocoso que deja la base del farallón, envueltos y protegidos por una extensa capa de cenizas y abundante dieta representada principalmente por huesos de jutía y algunas especies de cangrejos terrestres, entre otras, muy abundantes en la estación de verano. Dentro del material cernido se ubicó una importante muestra de artefactos e instrumentos en sílex; un ajuar realizado en rocas en volumen, morteros y majadores, entre otras evidencias que confirman la ubicación en el lugar de un paradero transitorio o permanente relacionado con la actividad económica estacional, tradicional entre las comunidades aborígenes de la Isla.

La actividad vandálica sobre el sitio modificaron la deposición natural de los estratos y dejó en superficie piezas, que continuaron también asociadas a los resultados dentro del contexto de la excavación; como fragmentos de cerámica y vajillas de losas de varias tipologías; contenedores de

líquidos como damajuanas, botijas y botellas, que señalan una urgencia de reutilización de los mismos, esta vez, como almacenes de líquidos. Piezas asociadas, en metal y otros materiales, ubican trébedes, hebillas, botones, entre otros testimonios históricos, que apuntan a un contexto desarrollado con fechados que ubican la ocupación a mediado o finales del siglo XIX, coincidente con la tradición y memoria oral de los vecinos de la zona que refieren el lugar como el sitio que se refugiaron sus abuelos y vecinos, tras las medidas tomadas por la metrópoli y ejecutadas por V. Weyler con la Reconcentración.

Esta y otras hipótesis manejadas por el grupo de investigadores será el comienzo de las tareas de gabinete y clasificación de las evidencias para acercarse a la reconstrucción histórica de lo allí ocurrido en diferentes momentos, tras la repetición de utilización del mismo espacio como refugio y abrigo. Los materiales culturales exhumados serán devueltos en el término de un año al museo de Jaruco para su exhibición y fondos de esta institución cultural.



FIG. 5. Excavación de uno de los conjuntos de restos humanos por Lisette Roura y Jorge Garcell

El rescate del patrimonio material y el éxito de la expedición se deben a la información, colaboración y participación de los vecinos del asentamiento de Santa Bárbara y la Peregrina. El trabajo de intervención y de investigación en el sitio per-



FIG. 6. Equipo de trabajo que participó en las excavaciones arqueológicas

mitió crear sentimiento en la comunidad sobre la importancia de la preservación de estos espacios relacionados con nuestra historia e identidad del Mayabeque, que aún perduran en la zona.

Arqueología histórica en contextos fundacionales de la ciudad de Matanzas, Cuba

Ricardo A. VIERA MUÑOZ y Leonel PÉREZ OROZCO
Teatro Sauto de Matanzas (Cuba)
E-mail: sauto@atenas.cult.cu

El 12 de octubre de 1693 es fundada la ciudad de San Carlos y San Severino de Matanzas. Para tal acontecimiento se trasladó un importante grupo de personalidades de la colonia al sitio de fundación, encabezados por el Capitán General de la Isla Severino de Manzaneda y el Obispo de Cuba Diego Evelino de Compostela. Los autos de fundación duraron varios días, pero el 12 se ofició la primera misa en el sitio donde sería levantada la iglesia, luego que fuera delineada sobre el terreno. Para celebrar el culto de ese día fue colocada una piedra en el lugar donde sería erigido el altar y clavada una gran cruz de madera. El templo en cuestión está completamente construido en el año 1695 y según las Actas Capitulares tenía 12 varas de frente, 8 de atrio, 36 de cañón y 6 de sacristía; además debía contar con dos naves laterales cada una de 6 varas y una calle de 8 varas que diera la vuelta a toda la iglesia. Este edificio fue levantado sobre horcones, sus paredes de tablas y el techo de guano y se mantuvo funcionando hasta 1730 cuando un terrible huracán asoló la ciudad y destruyó la edificación, siendo necesario trasladar las reliquias a la casa de mampostería de Don Diego García de Amoedo, la mejor de una villa tan pobre que estaría al borde de la despoblación. El templo es reconstruido casi de inmediato y deja de existir definitivamente a finales de la década del 30 del siglo XVIII cuando comienza a funcionar la nueva parroquia de piedra que años antes se había comenzado a construir justo enfrente.

Desde la óptica historiográfica hasta hoy existen lagunas en cuanto a qué sucedió con el solar

durante el siglo XVIII y la noticia más temprana se remonta al año 1820 cuando existió allí un edificio de mampostería y tejas que albergaba un negocio de venta de pan, dulces y harina perteneciente a Ramón Guiteras. Durante toda la decimonónica centuria se instalaron numerosos comercios en el lugar siendo uno de los más famosos la panadería, chocolatería, dulcería y cafetería La Máquina en la segunda mitad del siglo. Ya en el siglo XX sobresalen la peletería La Democracia, de José Solís, los almacenes de quincalla y sedería de Castañón, Zabalo y Cía., la joyería El Brillante y en las postrimerías de la centuria el Museo del Deporte de la ciudad.

A partir del retiro del museo allí instalado y el derrumbre parcial del edificio del siglo XIX que aún se conserva, se decidió llevar a cabo un proyecto de excavaciones arqueológicas cuyo objetivo fundamental estaba dirigido a descubrir las evidencias arquitectónicas y artefactuales vinculadas con la iglesia prístina de Matanzas.

Previamente se llevó a cabo un estudio cartográfico en el terreno para ubicar el sitio, de la manera más precisa posible, del emplazamiento del templo. Tomando como base el hecho de que la iglesia se levantó con las dimensiones descritas en las Actas Capitulares, entonces fue posible llegar a la conclusión de que la excavación, restringida por la arquitectura existente, profundizaría en una cuarta parte del antiguo edificio, abarcando parte del Atrio, Cañón, Nave Norte y callejuela aledaña.

Los trabajos arqueológicos proyectados fueron concebidos en dos áreas principales, la primera

crujía del edificio que cuenta con una extensión de 12.20 metros por 9.45 metros y la habitación sureste que abarca 8.40 metros por 4.65 metros. Precisamente por este último lugar es que comenzaron las excavaciones.

Las dos primeras unidades estratigráficas formaban parte del suelo de concreto fundido de la habitación, perteneciente al siglo XX y justamente debajo comienza a aflorar una concentración de estratos de diferentes contextos pertenecientes a los siglos XVII al XIX. Hasta el momento se han excavado casi 40 unidades estratigráficas y elementos interfaciales, recuperándose un importantísimo monto de evidencias arqueológicas enmarcadas en idéntica cronología.



FIG. 1. Vista parcial de las excavaciones donde se aprecian dos huellas de horcones y parte de los cimientos del siglo XVIII

De enorme importancia resulta el hallazgo de un estrato ferralítico que en sus niveles inferiores se encontraba bien apisonado y que corresponde con el relleno del suelo de la iglesia fundacional de la ciudad. Esta unidad es prácticamente estéril pero contenía una pieza de gran valor cronodiagnóstico, una moneda de plata de un valor de 80 Reis del reinado de Pedro II de Portugal, que rigió entre los años 1683 y 1706. Este estrato se encontraba sobre la roca estructural, la que fue hollada en numerosos lugares para encajar los horcones de la iglesia de los cuales y hasta ahora, han sido descubiertas 11 de estas huellas. También se muestra muy interesante un pequeño cimiento de piedras unidas con mortero de cal y cocó asociado a este contexto de finales del siglo XVII.

Por otra parte, fueron detectados dos contextos del siglo XVIII; uno constituido por los cimientos de un edificio de mampostería —sin dudas debió haber sido una de las más importantes edificaciones de la ciudad en su momento dado que Matanzas para esas fechas era un pobre caserío donde la precariedad de las construcciones caracterizaban casi la totalidad del paisaje “urbano”— y otro representado por el relleno de esa estructura. Los cimientos en sí conforman una habitación cuadrada en cuyo extremo noreste fue excavada en la roca lo que parece ser una despensa o pequeña bodega. En este sentido es muy interesante como la interfaz de destrucción que representa esta holladura cortó los estratos del siglo XVII y seccionó parte de una huella de horcón. Estas cimentaciones presentan además una prolongación ovoide en su porción suroeste bajo la cual aparece una especie de pozo que aún está en estudio. En el propio siglo, el edificio que allí existió desapareció y todas las estructuras fueron rellenas y sepultadas. Todos los elementos arqueológicos recuperados en los niveles vírgenes del relleno pertenecen a la segunda mitad del siglo XVIII y tal vez primeros momentos del XIX.

Hasta el momento se han recuperado cientos de evidencias materiales que no han sido identificadas y restauradas en su totalidad, por esta razón solo haremos mención a algunos de los principales ejemplos.

Dentro del conjunto de las cerámicas es muy abundante la aparición de las mayólicas donde destacan las españolas Santovenia azul sobre blanco, Santovenia polícromo, Alcora (aparecen algunos tiestos que corresponden a dos decoraciones diferentes, una relacionada con el diseño de pintura de ramito y otra en azul sobre blanco con influencia rococó), Cataluña azul sobre blanco, mayólicas tipo Triana y mayólicas no identificadas con decoraciones que imitan los motivos de la Faenza francesa y es posible que sean de origen sevillano. También aparecen las mayólicas mexicanas Puebla azul sobre blanco, San Elizario polícromo, Aranama polícromo y Abo polícromo. En el caso de las inglesas/holandesas fueron hallados algunos fragmentos correspondientes a Delftware azul sobre blanco y polícromo. También es muy llamativa la abundancia de la variante de Marine Ware.



FIG. 2. Santovenia azul sobre blanco



FIG. 3. Santovenia polícromo

Por otro lado es cuantiosa la aparición de El Morro y México pintado de rojo. Además afloran algunas evidencias pertenecientes a Rey Ware y escasos vestigios de jarras de aceite de tipología tardía B y C.

Por su parte la loza está ampliamente representada por loza crema, perla y blanca, siendo más abundante la primera donde hemos podido re-

construir dos platos completos. En el caso de la perla destacan varios platos y bandejas con decoraciones en plumillas azul y verde y varios tiestos pertenecientes a loza anular.

En el caso del vidrio la mayoría de las evidencias aparecen fragmentadas, no obstante hemos rescatado algunos contenedores de bebidas espumosas completos y destaca el hallazgo de una botella de caja en perfecto estado de conservación. Además han aparecido un gran número de fragmentos de cubiletes y escasos ejemplos de otros frascos, algunos completos.

También se han descubierto algunos ejemplos de botonaduras, las más abundantes de hueso, representadas por varios botones de cinco huecos y hormillas del mismo material. Igualmente aparecen botones metálicos, aunque su presencia no es muy pródiga. También fue hallado un pequeño ejemplar de pasta de vidrio blanco decorado con pequeñas flores en rojo.

La numismática también está representada en los elementos recuperados y destacan:

- Moneda de plata muy erosionada del reinado de Pedro II de Portugal (1683-1706). Ochenta Reis.
- Moneda de cobre del reinado de Felipe V fechada en 1711. Ceca de Valencia, ensayador Bartolomé Bertran Fauria. Un seiseno.
- Moneda de plata en pésimo estado de conservación del reinado de Carlos III. 1772.
- Moneda de plata en regular estado de conservación de origen norteamericano (half dime) de mediados del siglo XIX.
- Cuatro monedas de cobre en mal estado de conservación del reinado de Alfonso XII.

En el caso de las pipas de arcilla aparece el fragmento de un hornillo y una caña. También se cuenta el fragmento de un hornillo de una pipa catalana y un enorme hornillo de una pipa elaborada, al parecer, localmente y tiene unos 5.8 cm de alto por 4 cm de diámetro con un diámetro interior de unos 2.5 cm. Presenta huellas de combustión en el interior.

Entre los elementos metálicos destacan numerosos ejemplos de clavos de diversos tamaños y

en pésimo estado de conservación, el fragmento de una hebilla en muy mal estado de conservación, dos tenedores idénticos, uno de ellos conserva aun parte del mango de hueso y un dedal de domo, corto, de paredes redondeadas y figura de colmena, al parecer de finales del siglo XVIII.

Entre los restos óseos encontrados hasta ahora destacan los humanos (7 falanges -proximales y medias-, 5 molares, 4 incisivos, un astrágalo y un fragmento de una mandíbula). En el caso de los zoológicos se han identificado huesos pertenecientes a ganado vacuno, porcino y caprino, aves de corral, quelonios marinos, peces y otros mamíferos, donde aparecen gatos. Destacan algunos restos de ganado mayor con huellas de corte he-

chas por un objeto filoso, posiblemente para consumo humano.

En vistas de que las excavaciones aun no concluyen, que los objetos arqueológicos no han sido analizados en su totalidad y que no se han efectuado los análisis y procedimientos definitivos con la información que se dispondrá al finalizar los trabajos, las ideas manejadas actualmente seguramente se enriquecerán sobremanera, posibilitando un acercamiento más concreto a los sucesos que acontecieron en ese lugar. No obstante hasta ahora ha sido posible registrar importantes evidencias arqueológicas que se remontan a la fundación de la ciudad de Matanzas y que abarcan un período de más de 300 años.

¿Habrá un cambio de paradigmas en torno a la Historia antigua de Cuba y su Cultura?

Lohania ARUCA ALONSO

Grupo de Trabajo Permanente Expediciones, Exploraciones y Viajeros en el Caribe (Cuba)

E-mail: carua@cubarte.cult.cu

Una vez más la Oficina del Historiador de la Ciudad (de La Habana) encabeza y promueve un encuentro de gran envergadura científica nacional, y hasta para la región Caribe, en este caso se trata del Ciclo de conferencias “Arqueología aborigen de Cuba”, que se celebró durante los días 21, 22 y 23 de febrero de 2012, en el Salón “Benigno Souza” del Colegio Universitario San Gerónimo.

El propósito fundamental de las disertaciones, además de dar detalles y posibles pistas científicas acerca del extraordinario porta misal de Cristóbal Colón objeto precioso que actualmente se expone en el Museo de La Habana, fue la exposición y el debate entre especialistas de los resultados alcanzados por la Arqueología cubana durante los años más recientes, gracias al trabajo sistemático y continuado de diferentes instituciones científicas —algunas de ellas también fueron coauspiciadores del encuentro— e investigadores independientes. Entre las primeras convocadas estuvieron el Instituto Cubano de Antropología (ICAN), el Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad, el Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana, el Centro Nacional de Restauración y Museología (CENCREM), la Dirección Provincial de Patrimonio de Ciego de Ávila y la Academia Cubana de la Lengua (ACL) y la Academia Cubana de Historia (ACH).

De los participantes y los temas abordados

La apertura del Ciclo fue privilegiada, hubo una conferencia magistral por el Dr. Eusebio Leal Spengler, Historiador de la ciudad de La Habana,

miembro de las Academias Cubanas de la Lengua y de Historia, y Maestro Mayor del Colegio San Gerónimo, que se desarrolló alrededor de la investigación y sus avances. En ella Leal afirmó rotundamente: “Es imprescindible investigar. Es necesario el encuentro con las fuentes del conocimiento”.

Más tarde, en esta primera sesión correspondiente al martes 21, se escucharon las conferencias: “La industria de la madera en el Caribe antiguo” por el Dr. Gabino La Rosa de la Academia Cubana de la Historia y “Las maderas en objetos aborígenes cubanos” por la Dra. Raquel Carreras de la UNEAC; muy necesarias estas para explicar algunos rasgos poco conocidos de ese material y su elaboración por los aborígenes, así como de la importancia de su conservación. Tal aspecto de la cultura antigua de Cuba, ha cobrado mayor relevancia a partir de la década de los noventa debido a las investigaciones que se llevan a cabo en el Sitio arqueológico Los Buchillones en Ciego de Ávila.

El miércoles 22 se trató acerca de “Los últimos 50 años de la Arqueología en Cuba” por el Dr. Gerardo Izquierdo, subdirector científico del ICAN. La disertación consistió en un amplio análisis de los antecedentes y la evolución del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba, refundada por el Dr. Antonio Núñez Jiménez en 1963. Izquierdo dividió en varios períodos su estudio:

- 1963 “Año de la Institucionalización” - 1973, fundación del Depto. y creación de su primera sede, de los grandes temas de investigación, de expediciones científicas,

y de las publicaciones, entre las cuales se encuentra la Editorial Academia, que permitieron recoger y socializar los resultados obtenidos en esta etapa, tanto en la investigación como en la docencia;

- 1973-1983, creación del Instituto de Ciencias sociales y Humanísticas (ICSO); fundación del Departamento centro-oriental de Arqueología; publicación del libro *El Taíno de Cuba*, que sintetizó el trabajo de doctorado de José M. Guarch, bajo cuya tutela estuvo el Departamento antes mencionado, y sus investigaciones de innegable trascendencia para el desarrollo de la Arqueología cubana (excavaciones en Buchillones, y en el sitio cementerial Chorro de Maita, en Banes, Holguín, transformado después en Museo).
- 1991-2000: excavaciones en la región central de Cuba, en particular del Sitio arqueológico Los Buchillones.
- 2000 a la actualidad: importantes hallazgos en la región occidental, en el Sitio arqueológico de Canímar Abajo, que permiten fechar la antigüedad de los antiguos poblamientos hasta 6000 o 7000 años atrás, superando lo anteriormente estudiado en la región oriental de Cuba; desarrollo del enfoque inter y multidisciplinario en las investigaciones arqueológicas, lo cual ha enriquecido las perspectivas del conocimiento científico; publicaciones dirigidas a la enseñanza media, *Cuaderno de Historia aborígen de Cuba* y *Las comunidades aborígenes en la Historia de Cuba*, entre otros, que amplían la difusión de estos temas entre los estudiantes y lectores jóvenes.

A continuación se efectuó la conferencia “Arqueología y Antropología: el Sitio Canímar Abajo, Matanzas” por el Dr. Roberto Rodríguez investigador del Museo Antropológico Montané, quien se refirió a las características específicas del sitio en relación con otros estudiados con anterioridad en Cuba y otros países de la región Caribe, a los métodos empleados y a los aportes, que próximamente serán publicados, sobre todo los concernientes al manejo del entorno de las po-

blaciones implicadas, que nos remiten al reconocimiento de un nivel de sedentarismo mínimo, pero imprescindible, con mira a pasar a un nivel donde se practicaban cultivos para la subsistencia. Esto causará una ruptura con los modelos teóricos que hasta ahora caracterizaban a las poblaciones más antiguas del archipiélago cubano únicamente como pescadoras-cazadoras-recolectoras.

“Las plazas ceremoniales en la cultura taína” fue el tema abordado por el Dr. Daniel Torres Etayo del CENCREM; se presentaron resultados, aún parciales, de un proyecto de investigación (2005 a la actualidad), que se está ejecutando en diferentes sitios arqueológicos del municipio Maisí, en Guantánamo: Pueblo Viejo, Monte Cristo, San Lucas y Laguna de Limones, para comprobar mediante el uso de métodos diversos, la existencia, estructura y funciones de los *bateyes*, plazas o centros con fines ceremoniales vinculados al juego de pelota entre los taínos, y si estos son, o no, de algún modo similares a los que han sido estudiados en otros sitios de las Antillas mayores, Puerto Rico y República Dominicana, y, con menos frecuencia en las Antillas menores. Indudablemente los hallazgos realizados permiten hablar con certeza en cuanto al uso de técnicas de transformación del terreno, para un uso no agrícola, y también en ciertos casos apuntan hacia el dominio del encauzamiento artificial del agua de lluvia con el fin de disponer de una reserva extra de este líquido. También advierte el conferencista de la necesidad imperiosa de preservar y proteger estas áreas como patrimonio local, al menos, para evitar que destruyan por nuevas construcciones, aún sin estar debidamente estudiadas.

Por último, en la sesión del jueves 23 de febrero se presentaron tres conferencias excelentes. La primera estuvo a cargo del biólogo, Dr. Carlos Arredondo, Investigador del Museo Antropológico Montané y se tituló “Representación de animales en el arte aborígen”. En su intervención se acentuó la significación que tenían las piezas estudiadas, provenientes de distintas colecciones, en ellas se revelaban ante todo, la calidad de la observación realizada y el conocimiento que tenían los aborígenes de la biota circundante. De dichas piezas se extraían los rasgos fundamentales de los animales representados en materiales pétreos, cerámicos o que tenían un soporte propiamente fau-

nístico: huesos del manatí, dientes del delfín, de conchas de moluscos, etc.

Todo lo cual permite al investigador deducir que “fueron los primeros naturalistas de Cuba” y que no realizaron estas obras solamente como objetos que reproducen el medio donde vivían — cuyo valor artístico es reconocido en épocas más recientes—, sino que tenían en cuenta en tal acto un procesamiento de elementos específicos relativos a los animales representados en cada caso, como ejemplares de una especie animal dada; lo cual también expresa un saber acumulativo que se trasmite a su colectividad voluntariamente, a través de cada obra.

“Buchillones un sitio arqueológico excepcional” es el título de la segunda exposición, ilustrada bellamente con imágenes a colores —al igual que las mentadas anteriormente— por el MSc. Adrián García, investigador y museólogo de la Dirección de Patrimonio de Ciego de Ávila. Su objeto principal fue dar a conocer las investigaciones en el sitio arqueológico de Buchillones o Los Buchillones (denominación que procede de uno de los apellidos predominantes en el poblado de pescadores avileños de Punta Alegre, en la costa norte del municipio Chambas, Ciego de Ávila). En este sitio se han hallado y fechado con carbono 14, evidencias arqueológicas que corresponden a un rango temporal que abarca entre los años 1220 y 1690 (finales del siglo XVII), hechas en madera, bajo el agua de mar. Muchas de estas corresponden a restos de viviendas de aborígenes: estructuras de construcciones circulares, incluyendo bases de horcones, postes, soleras y pedazos de techo de guano, en estado de conservación bueno. Estas investigaciones tienen una importancia excepcional para Cuba y el Caribe, donde nunca antes se habían encontrado una muestra tan grande, más de mil quinientas piezas colectadas, por ahora, realizadas en madera, con el uso de distintas técnicas. La participación del arqueólogo e historiador cubano Dr. Jorge Calvera ha sido decisiva, desde su llegada al sitio en 1983 hasta el momento actual, en especial en la etapa de 1989 a 1998. Esta investigación también señala un cambio de paradigma en las investigaciones arqueológicas donde se han introducido técnicas y métodos propios de los investigadores cubanos, e intercambiado con arqueólogos canadienses, ingle-

ses, etc., sobreponiendo los marcos teóricos establecidos con anterioridad por los investigadores estadounidenses y soviéticos.

La breve conferencia del lingüista Dr. Sergio Valdés Bernal, bien conocido por sus trabajos sobre la familia de lenguas aruacas (por ejemplo, *Las lenguas indígenas de América y el español de Cuba*, Editorial Academia, 1991, Tomo I y II), particularmente en las Antillas mayores y menores. El Dr. Valdés Bernal fue portador de elementos científicos que nos confirman, hasta ahora, un *origen común vinculado a la familia de lenguas aruacas* para todos los hablantes aborígenes; si bien hay que tener en cuenta que, estos se establecieron en distintas épocas, por oleadas sucesivas (factor cronológico), y que generalmente se asentaron en algún lugar, sin retorno al continente (dando lugar a variaciones lingüísticas locales), a causa de lo cual, perdieron el contacto con las tribus aruacas Suramericanas. Tal situación sería una de las explicaciones que se pueden ofrecer para el caso de los guanahatabeyes, al parecer pobladores muy antiguos de nuestro archipiélago, cuya lengua no pudo ser entendida por el interprete lucayo que acompañaba a Cristóbal Colón, afirmó el profesor Valdés Bernal.

El conferencista destacó que en el momento de los primeros contactos entre europeos y aborígenes, ya existía una verdadera cultura entre los últimos, de cuyas manifestaciones se valieron primero los “descubridores” y después los conquistadores y colonizadores, que hicieron apropiaciones de los conocimientos y prácticas aborígenes en diversos campos (geografía, agricultura, cerámica, técnicas de navegación marítima y fluvial, uso del tabaco, etc.), que les permitieron sobrevivir, e incluso enriquecer con “antillanismos” (propios de los aruacos insulares) la lengua española.

Paradigmas que aún se sostienen en los libros de Historia de Cuba sobre los aborígenes

Todavía, a pesar de este movimiento del pensamiento científico, e histórico, se mantienen en la enseñanza de la Historia de Cuba argumentos teóricos tales como:

- El bajo nivel de las culturas aborígenes caribeñas en comparación con el de las grandes culturas del Mesoamérica y Suramé-

rica, hacen que sus aportes a la cultura cubana sean de poca o ninguna trascendencia, y por ello no se difunden, ni estudian en los programas educacionales. No existe la raíz aborígen (aruaca) en la cultura cubana.

- La total extinción de los aborígenes cubanos en la historia posterior a la conquista (alrededor de 1540), no dejó huella de ellos en la sociedad criolla, y mucho menos en la cubana.

Esperemos que muy pronto, pues, la necesidad de mayor ilustración acerca de estos temas histó-

ricos y culturales es urgente, vean la luz publicaciones que reflejen los avances científicos que ocurren en las ciencias cubanas, desde hace varias décadas, en torno a los actores y agentes de la historia más antigua de Cuba, y que este acervo sea incorporado definitivamente a nuestra conciencia colectiva, alcanzando un auto reconocimiento de por qué somos también, y con gran dignidad, miembros de la gran familia de los pueblos originarios de Nuestra América. Esta es nuestra primera raíz, de las tres que, sin menoscabo alguno de una por otra, constituyen la nación, nacionalidad y cultura cubanas.

Una de las muchas lecturas del libro ‘Rethinking Puerto Rican Precolonial History’, del doctor Reniel Rodríguez Ramos*

Jaime R. PAGÁN JIMÉNEZ

EK, Consultores en Arqueología (Puerto Rico)

E-mail: jpaganpr@yahoo.com

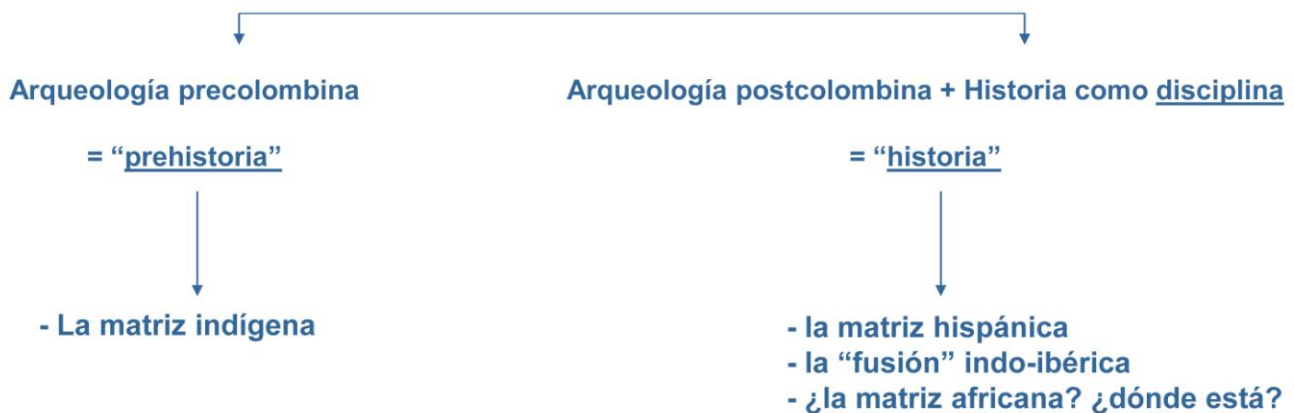
Como algunos de ustedes saben, y esto es algo que conversáramos hace algunos días el amigo rector Miguel Rodríguez y yo, la arqueología en Puerto Rico se ha caracterizado por ser una disciplina autocontenida; ensimismada en sus particularidades y problemas locales, aunque internamente (en Puerto Rico) se quiera proyectar como “transfronteriza” en el escenario antillano. Y es que no ha sido difícil hacer o practicar la arqueología con este proceder tan dicotómico, pues es muy cierto que la riqueza patrimonial de nuestro estrato cultural más antiguo —el indígena— es impactante, ampliamente diversa y temporalmente profunda.

Desde antes de este presente que vivimos, nuestro quehacer como arqueólogos en Puerto Rico —o lo que hemos producido desde hace décadas desde una óptica “arqueológica” — ha tenido la fortuna de trascender hacia algunas islas vecinas y más allá gracias, en gran parte, a la naturaleza misma de nuestro imponente patrimonio arqueológico: hablo de la majestuosidad de éste, de su particularidad y, hasta cierto punto, de su misterio que llama la atención de nuestros vecinos antillanos y continentales. En este contexto, he aquí el primer gran acierto de la obra de mi colega el doctor Reniel Rodríguez Ramos. Valiéndose de la gran cantidad de información ar-

queológica que ha podido generarse en las últimas décadas no solo en nuestra isla, sino en otras vecinas y en el Circum-Caribe continental, Reniel pudo ser capaz —como ningún otro u otra en Puerto Rico, y me atrevo a decir más allá de nuestras fronteras— de reunirla brillantemente para desvelar la complejidad de los procesos socioculturales “enmarañados” alrededor y dentro de nuestra formación histórica en las islas. No se dedica este fino trabajo a recopilar y a despepitar información de todos los periodos precoloniales conocidos hasta el presente, como ha sido la costumbre en nuestro campo. Reniel construye una historia antigua borincana realmente humana, coherente —*socializante* si se puede usar un concepto como éste— y no un mero recuento de cambios en los patrones decorativos de vasijas y otros objetos que se ha caracterizado casi siempre por enajenar de la historia al elemento revelador que es el ser humano mismo. Esto último ha sido, desde siempre y con muy contadas excepciones, el hilo conductor de la arqueología en Puerto Rico y del paradigma rouseiano, si es que nos gusta poner nombres raros a los distintos periodos del desarrollo de la arqueología como disciplina en Puerto Rico y las Antillas. Vasta con hacer cualquier búsqueda en las obras arqueológicas producidas en Puerto Rico y se sorprenderá el indagador de lo arcillosas, inamovibles e inhumanas que han sido muchas de las interpretaciones previas que se han hecho sobre nuestro pasado precolonial.

* Presentado por Jaime R. Pagan Jimenez el sábado, 21 de mayo de 2011 en el Aula Magna del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, en San Juan, Puerto Rico.

En Puerto Rico:



La historia “oficial” de Puerto Rico (nuestra historia como pueblo):

¿quinientos y pico de años?

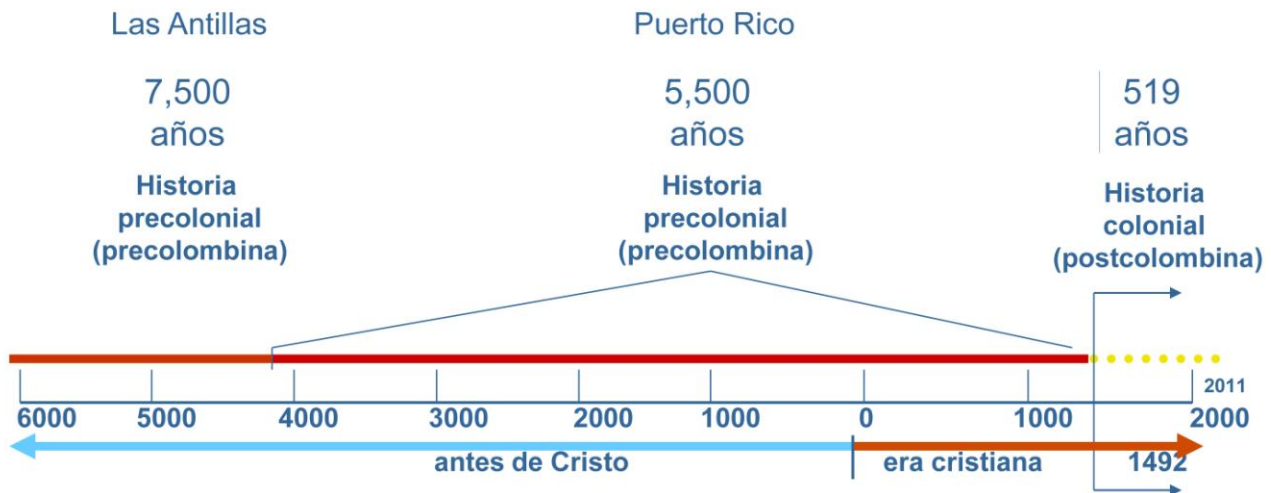
¿nada más?

Sin dejar de reconocer las importantes aportaciones de notables colegas que nos antecedieron, como son los casos del doctor Luis Chanlatte, Yvonne Narganes y otros más, debo decir, de entrada, que al generar este libro Reniel no solo “repiensa, medita o reflexiona” sobre la historia precolonial puertorriqueña como aduce el título de la obra que presentamos. Reniel literalmente deconstruye, desmonta, tritura la estructura misma de lo que había sido hasta ahora la historia de nuestro proceso histórico precolonial, para elaborar —con un equipo ágil y fresco de herramientas teóricas, interpretativas y metodológicas— una nueva historia; o una nueva forma de pensar y practicar nuestra arqueología. Me tomo el atrevimiento de bautizar en castellano, al libro que hoy comentamos, con el siguiente título: “Reconstrucción de la historia precolonial puertorriqueña”. Veremos, de aquí en adelante, por qué me he tomado la libertad de entender así la obra de mi amigo Reniel. Y, de hecho, se tiene que ir pensando desde ya en la traducción y publicación de esta importante obra en nuestra lengua, pues más allá de nosotros los que estamos directamente vinculados a la arqueología en el ámbito académ-

mico y profesional, es nuestra gente, ese mundo social diverso que nos rodea y nos arropa, quien necesita alimentar su memoria y autoestima con sus antecedentes culturales tan ricos y profundos enraizados en lo que hoy llamamos Puerto Rico y las Antillas.

La historia de nosotros en esta tierra, en los límites de este archipiélago (Puerto Rico), comenzó hace más de 6000 años. Muchos sabíamos que antes de la irrupción europea a esta parte del mundo había sociedades y culturas en ésta y en las otras islas antillanas. Incluso, algunos sabíamos desde pequeños, que la vida humana en las islas había iniciado tantos milenios antes del presente. Pero para la historia oficial que nos enseñaron y todavía nos enseñan en las escuelas y universidades, la “verdadera” historia de Puerto Rico inició con la conquista y colonización europea; o sea, hace quinientos y pico de años. Para rematar la historia precolonial que nos han dicho que no es historia, se logró crear la impresión, generación tras generación de puertorriqueños, de que aquí solo había manifestaciones humanas simples al comparárselas con aquella magnificencia europea. Fue así como nuestra historia antigua quedó

La puertorriqueñidad, su formación histórica en el tiempo...



relegada a algo así como la “prehistoria”; a esa fase del desarrollo humano totalmente desvinculada del “auténtico” progreso y que no era capaz de registrarse; de generar seres humanos capaces de autodocumentarse o de, al menos, ordenar gran parte de sus vidas y organizaciones sociales por medio de codificaciones gráficas y sistemáticas que conocemos con el nombre de escritura. Para que se tenga una idea de la profundidad temporal a la que alude el colega Reniel en su obra, es decir, a la historia precolonial total de nuestra isla y a la gran cantidad de procesos que tuvieron lugar aquí, muestro adelante un sencillo esquema cronológico de lo que ha sido el surgimiento y desarrollo de nuestra propia puertorriqueñidad.

¡Dense cuenta de todo lo que nos han querido arrebatarnos de nuestra historia! Estos y otros aspectos que constituyen el armazón teórico y punto de partida de la obra de Reniel deben ser escudriñados tranquila y concienzudamente en los capítulos 1 y 2 de la obra que presentamos, titulados “Introducción” e “Historia cultural: hacia una perspectiva renovada” respectivamente, ya que evidentemente peco por simplista ante el genial manejo de la información que se estilaba en dichos capítulos. Más aspectos fundamentales de la obra, realmente fundamentales, y que se construyen en la introducción del libro para reflejarse a lo largo del escrito, son por ejemplo la posición en la que

el autor se sitúa respecto al contexto sociopolítico de la producción misma de conocimientos. ¿Desde dónde se ejerce la arqueología? ¿Quiénes la ejercen? ¿Cómo la ejercen o la practican y para qué? Trataré de retomar estos aspectos al final de la presentación.

De lo que llamábamos el periodo arcaico, ahora conocido como el mundo prearahuaco

Las vidas de nuestros más antiguos ancestros en Puerto Rico, y en otras islas antillanas, no eran primitivas, simples o de bajo nivel sociocultural. Toda la evidencia producida por el propio Reniel, sumado a un gran cúmulo de información arqueológica previamente revelado por muchos otros², aunque retomado, reinterpretado y revalorado en esta obra, da cuentas del origen de un gran número de rasgos culturales (del orden material y simbólico) que no desaparecieron en el tiempo; todo lo contrario, se gestaron y luego se preservaron recetas alimenticias como el uso del marunguey (*Zamia* sp.), mientras se introdujeron y posiblemente se modificaron otras provenientes de

² El autor presenta detalladamente su metodología, fundamentada en una base de datos de más de 500 fechados radiocarbónicos y en el estudio de los objetos de piedra que es su especialidad “técnica”, en el capítulo 3 titulado: “El método, la muestra y los contextos”.

espacios lejanos en el continente y fundamentadas en el maíz, la yuca, la batata y más plantas domésticas; también se introdujeron desde otros confines animales exóticos como la conocida jutía (al menos dos especies) para ser utilizadas en la alimentación; se importaron y exportaron materias primas (piedras) en un circuito de interacciones dentro de las islas y más allá, por no mencionar muchos otros procesos y elementos entre los que no puedo dejar de señalar el surgimiento de los famosos cemíes de tres puntas o trigonolitos y la elaboración de cerámica con diseños casi idénticos a los utilizados 3000 años después por los pueblos tardíos de las Antillas.

Lo anterior, comunicado aquí de manera muy resumida y simple, nos remite a un mundo prearahuaco (“arcaico”) totalmente distinto al que nos han enseñado sobre nuestros más antiguos ancestros. Dichos elementos, y las interpretaciones noveles que ofrece Reniel en su obra, deben ser estudiados con el detalle que él ofrece concretamente en el capítulo 4 que titula: “*El descubrimiento de Puerto Rico y los modos de vida de sus habitantes más antiguos*” pues nada más nuestro algunos de los elementos que le permitieron al autor proponer con gran fuerza otras regiones de origen de nuestros primeros pobladores, los verdaderos descubridores de esta tierra que llamamos Puerto Rico.

¿Venezuela? ¿Península de Yucatán? ¿Península de la Florida? Son estas tres regiones las clásicas fuentes de grupos humanos hacia las Antillas según nuestra historia oficial. Pero aunque antes se habían planteado someramente otras alternativas, como es el área Istmo Colombiana, todo un nuevo conjunto de información se confabuló con Reniel para ofrecernos esta alternativa no solo como una posibilidad, sino también como una aparente realidad en la cual se concatenan muchas más evidencias que aquellas originalmente planteadas para las otras regiones mencionadas. En este nuevo escenario prearahuaco notemos que algo único aconteció en el Caribe y Reniel, en su libro, ofrece todos los elementos que permiten degustar la grandeza de tal evento. Al poder establecerse con gran fuerza, y desde la arqueología, el desplazamiento de grupos humanos desde la región Istmo-Colombiana hacia las Antillas —pero particularmente hacia Puerto Rico y la

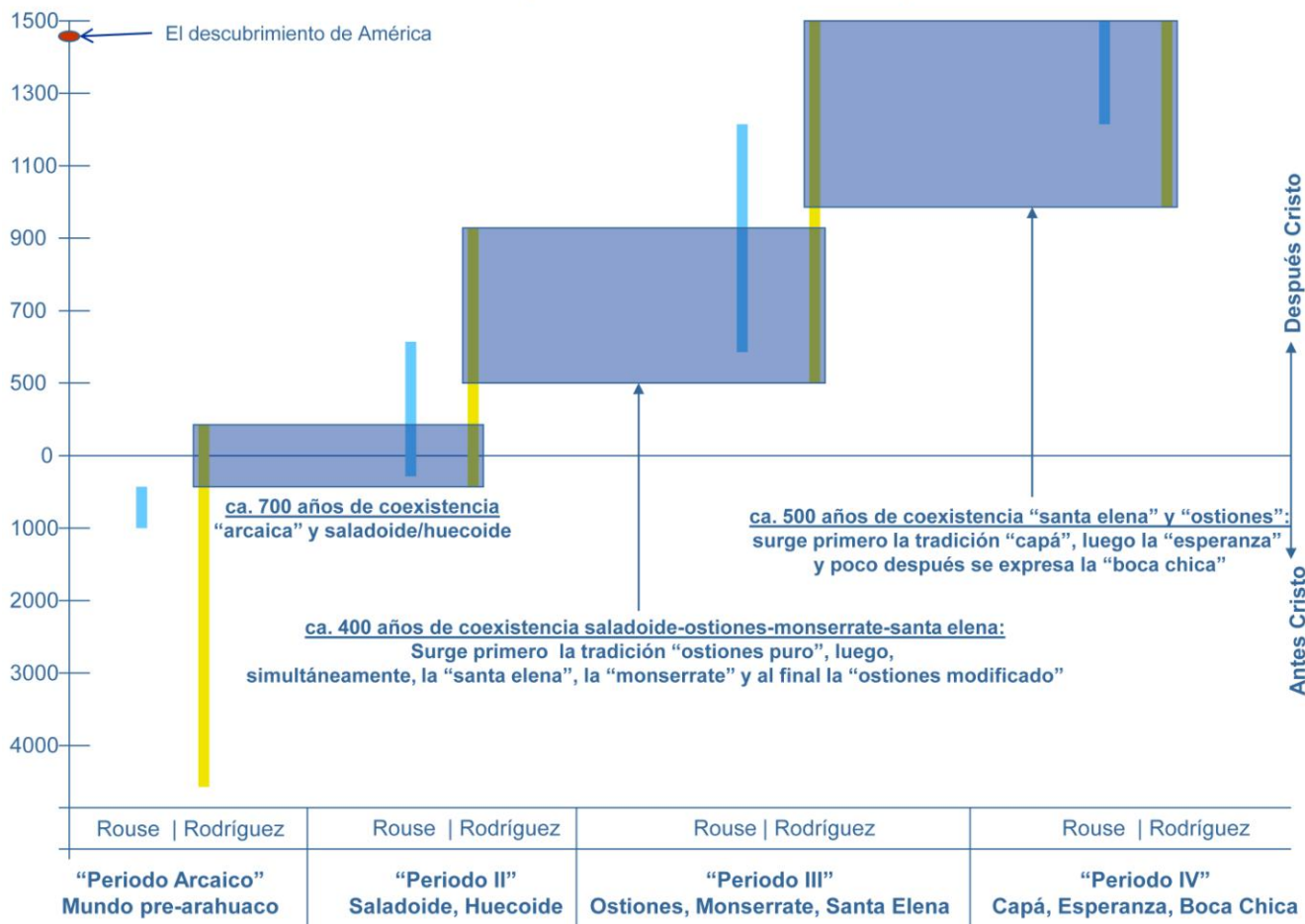
Española hace poco más de 4500 años—, la primera y más arriesgada travesía marítima tuvo lugar en el Nuevo Mundo y fue nuestro territorio, esta isleta que llamamos Puerto Rico, una de sus protagonistas.

La pervivencia de los elementos mostrados anteriormente dentro del entramado prearahuaco puede denominarse aquí como el gran “núcleo duro” de las culturas de un buen número de pueblos precoloniales de Puerto Rico y otras islas antillanas; un núcleo que, sin ser totalmente impenetrable o inmutable, pudo resistir el embate del tiempo para mostrarnos hoy, en pleno siglo XXI que aún guardamos y convivimos con algunos trazos del mundo ideacional que se gestó hace cerca de 6000 años atrás. Sobre la pervivencia de los llamados grupos “arcaicos”, que ahora designa Reniel como pueblos prearahuacos, Don Luis Chanlatte y otros nos dieron antes algunas pistas importantes sobre todo lo antedicho; sin embargo Reniel pudo engranar nítidamente uno y otro episodio o actividad humana de ese pasado más remoto para hacerlo inteligible, innegable a partir de ahora.

Ir, venir e interactuar: fluidez y consolidación de nuestras identidades precoloniales

“El problema de la Hueca”, es como se ha conocido históricamente a uno de los debates más acalorados de la arqueología caribeña; esencialmente un choque entre dos trenes. En una dirección se encontraba el *establishment* o *la élite* de la arqueología caribeña (es decir, múltiples universidades estadounidenses, europeas y algunos agentes locales) que se dogmatizó en la historia antigua que nos elaboró y ordenó el arqueólogo estadounidense Irving Rouse por más de 60 años. En la dirección contraria, se situaba el Centro de Investigaciones Arqueológicas de la UPR-Río Piedras, concretamente el Dr. Luis Chanlatte y su colega la arqueozoóloga Yvonne Narganes. Estos últimos identificaron, a finales de la década de 1970, el asentamiento humano de una cultura distinta a las conocidas, algo nunca antes visto en la arqueología antillana y que correctamente la denominaron una nueva cultura aborígen (Cultura la Hueca). El *establishment* de la disciplina, con su escenario y guión ya ensamblado y perfecta-

Desarrollos culturales precoloniales en el tiempo: Puerto Rico



mente sincronizado desde hacía años, sencillamente no quiso aceptar otro actor más en su obra, a otra cultura, porque se descarrilaba el desenlace. Para hacer el cuento largo mucho más corto, quedó establecido el descubrimiento de una cultura que no encajaba por ningún lado en el modelo explicativo rouseiano y, aun cuando las evidencias y las interpretaciones reveladas por los arqueólogos Chanlatte y Narganes eran contundentes, el establishment no hizo los ajustes necesarios para que fuera integrada esta revelación en su modelo. Solo se limitó a colocar a los "Huecoides" como un aspecto temprano del llamado Saladoide insular diezmando así su rol en el entramado multicultural antillano de esa época. Lo importante aquí es saber que nuestros arqueólogos, sin tener que esperar ni desear que el establishment reconociera sus hallazgos y aportaciones, continuaron sus trabajos, y otros datos del sitio La Hueca reforzaron aún más su nuevo esquema crono-cultural para las Antillas, paralelo al

rouseiano. Emergieron desde antes y después otros sitios, en Humacao —y también el las islas de Saint Martin, Guadeloupe y Martinique— que proporcionaban un panorama más dinámico y diverso de la Cultura la Hueca aunque gran parte del debate que intentaba esclarecer este "problema" terminaba girando alrededor de las formas, las técnicas o las decoraciones de la cerámica o la lapidaria, así como en asuntos relacionados con la cronología de los sitios y contextos Huecoides y Saladoides conocidos. Otros elementos de la arqueología de estos grupos humanos eran traídos a discusión también, pero no con el mismo grado e intensidad que los asuntos de la cerámica.

Fue entonces cuando entró al debate Reniel y su experimentado y detallado estudio de objetos confeccionados en piedra. Partiendo de premisas teóricas y metodológicas nuevas, pudo generar una caracterización de los objetos líticos de las culturas en disputa para los arqueólogos y así empujar el debate del "problema de La Hueca" a

una nueva dimensión, gracias a lo altamente compleja y rica de la información producida. En esa faceta material de los Huecoide fue posible divisar, entre otras cosas, influencias directas de las sociedades prearahuacas que existían desde antes en las islas; fue posible particularizar las estrategias tecnológicas envueltas en la producción de hachas, majadores, raspadores y otros utensilios de piedra; fue posible comprender la magnitud de los procesos envueltos en la obtención de las materias primas necesarias en la elaboración del conjunto tan variado de objetos de piedra, lo que le permitió a Reniel mostrar que las diferencias entre Huecoides y Saladoide eran el resultado de las expresiones de dos tradiciones culturales distintas. Se sorprenderá el lector del libro al observar cómo desde la arqueología, y desde el estudio tan detallado de los objetos de piedra, es posible construir toda una trama de interacciones entre personas, entre comunidades, entre comunidades y regiones distantes como otras islas o el continente, a partir del revelamiento de los circuitos de intercambio de materias primas, de ideas y de creencias que se plasman en las formas de obtención y de elaboración de artefactos, así como en otros ámbitos incluyendo, claro está, el culinario.

Como comenté antes, mucho peso tuvo en el surgimiento de la cultura que conocemos como La Hueca, el conjunto de pueblos que desde hacía más de 3000 años vivían por aquí: los prearahuacos. La región Istmo-Colombiana, con la cual los pueblos prearahuacos estuvieron directamente vinculados y desde donde procedieron algunos de ellos, es precisamente la misma zona del continente, junto al noreste de las Antillas, la región en la cual se fraguó la manifestación cultural La Hueca, aunque ahora sí, divergiendo en esencia de lo postulado por Chanlatte, Narganes y otros. En este contexto queda por debatir, por lo menos entre mi colega Reniel y yo que ya comenzamos a disputar el asunto, si los Huecoide fueron grupos prearahuacos de las islas revestidos con nuevas ideas y materialidades en un contexto de cambios ideológicos en una escala pan-Caribeña, o si fueron el resultado del desplazamiento o inmigración de grupos netamente continentales hacia el noreste de las Antillas. Para mí por lo menos, el llamado “problema de La Hueca” originalmente plan-

teado estaba resuelto desde el mismo momento en que fue revelado el posterior análisis e interpretación de lo descubierto en el sitio Sorcé-La Hueca en la isla de Vieques. Ahora bien, es reconfortante y edificante el enfoque que maneja Reniel en su trabajo, porque impregna de dinamismo humano a todo este espacio de procesos sociales, culturales e ideológicos que permitieron a estos dos grupos culturales divergentes convivir en nuestras islas antillanas del norte, precisamente como preámbulo a la formación de eso que genéricamente llamamos el Taíno.

Desde las nuevas identidades precoloniales isleñas hasta las identidades neocoloniales contemporáneas: la necesidad de reescribir nuestros propios pasados

Con los ingredientes sobre la mesa —incluidos personas, islas y regiones continentales— no quedaba más que echarlo todo en el caldero para que se guisaran las nuevas identidades precoloniales boricuas. El origen diverso de eso que llamamos cotidianamente taíno encuentra cuestionamientos serios y profundos sobre lo que otros establecieron y nos enseñaron, cuando la lectura se vuelca en los capítulos 6, 7 y 8 de la obra presentada. El capítulo 6 se titula “*Diversificación horizontal en Puerto Rico-El forjamiento de nuevas identidades*”; el capítulo 7 “*La intensificación de la integración política regional*”; y el capítulo ocho (el último) “*Juntándolo todo*”. Los procesos culturales que entraron en juego, para de ahí configurar las nuevas identidades precoloniales en Puerto Rico, fueron mucho más complejos que las reacciones químicas casi infinitas que ocurren dentro de una olla al mezclar un buen número de ingredientes para confeccionar, digamos, un sancocho. Aun cuando este hecho pudiera parecer apabullante en el contexto de la generación de nuevos conocimientos desde la arqueología —ya que intentamos descifrar acciones sociales, culturales, procesos de interacción, eventos y espacios de acción— la realidad es que Reniel tuvo la capacidad de proponer un marco interpretativo que, al unirse a una base de datos con más de 500 fechados radiocarbónicos de decenas de sitios arqueológicos de Puerto Rico, posibilitó la identificación de muchos de esos ingredientes y procesos

en el devenir de la identidad precolonial boricua. Los objetos de piedra estudiados sistemáticamente por él, al unirse al conjunto de fechas tan amplio recopilado en su trabajo, facilitó esta tarea.

La obra aquí presentada, y concretamente el detallado análisis que desarrolla Reniel a partir del capítulo 6, desmonta con nuevos datos e interpretaciones la visión paradigmática de la arqueología caribeña que pretendió establecer como axioma que el desarrollo de las identidades isleñas ocurrieron a partir de un único ancestro: el Saladoide proveniente de la región de Venezuela. En otras palabras todos los desarrollos que surgieron dentro de nuestras islas después del arribo los grupos humanos de la tradición cultural Saladoide eran, para el modelo predominante, producto de la agencia civilizadora Saladoide y nada más. Y escuchen algunas de estas premisas del modelo en cuestión: primero arribaron a las islas, hace más de 6000 años, los llamados pueblos “arcaicos”; posteriormente, cercano al 500 AC arribaron los pobladores Saladoide (y Huecoide) y éstos desplazaron, exterminaron, asimilaron, o en el mejor de los casos “colonizaron” a los arcaicos que ahora conocemos como grupos prearahuacos. Ya en las islas, y debido a la gran variabilidad de los recursos naturales disponibles en los distintos espacios antillanos, los Saladoide evolucionaron, según el paradigma dominante, con distintos ritmos y de formas diversas, a lo que más tarde se fraguó como el Taíno de las Antillas. Aunque otros investigadores, como los doctores Ricardo Alegría en Puerto Rico, Marcio Veloz Maggiolo en República Dominicana y José María Guarch Delmonte en Cuba habían propuesto modelos alternativos sólidos para explicar el desarrollo de las nuevas identidades culturales a partir del llamado periodo agroceramista, sus voces y argumentos fueron sistemáticamente enajenadas de la narrativa impuesta por el establishment rouseiano en las Antillas. En Puerto Rico, al menos, las propuestas del doctor Alegría sí fueron atendidas dentro del sistema de educación como parte de la agenda del nacionalismo cultural promovida por el nuevo estatus político de la isla en la década de 1950. Sus ideas acerca del arribo de nuevas y sucesivas inmigraciones a las Antillas posteriores al Saladoide y que constituirían a la larga lo que fue el mundo Taíno, fueron integradas al discurso histórico local que se enarboló desde entonces.

El trabajo de Reniel muestra, distinto a todo lo establecido anteriormente y en consonancia con propuestas previas del Dr. Chanlatte, que los grupos prearahuacos y las tradiciones culturales Saladoide y Huecoide coexistieron e interactuaron de muchas formas en Puerto Rico por más de 700 años. Recordemos que no han pasado 518 años desde que los indígenas de Puerto Rico descubrieron a los conquistadores europeos. Y si miles y miles de cosas han sucedido en esos quinientos y pico de años, imagínense qué tantas cosas pudieron ocurrir a lo largo de 700 años de coexistencia e interacción entre estas tres entidades culturales. En el libro, Reniel genera un sinnúmero de escenarios, fundamentados con robustas evidencias arqueológicas, que facilita la comprensión de lo que comenzó a gestarse desde ese momento: por ahí se estaría configurando ya el mosaico Taíno. Cercano al 500 DC, más allá de los cambios en la cerámica que acaparan la atención de los arqueólogos, las aldeas Saladoide comenzaron a fisionarse como señala el autor, o a dividirse, a romperse, para configurar nuevos y numerosos asentamientos humanos que de manera sistemática iniciaron el poblamiento del interior de la isla. Desde este momento no hubo marcha atrás y nuevas conciencias, o nuevas formas de vivir el mundo isleño precolonial, tuvieron rienda suelta. Las tradiciones culturales Monserrate, Ostiones, Santa Elena, y después las conocidas como Capá y Esperanza, todas éstas divergentes y a la misma vez coincidentes en determinados momentos y espacios en nuestra historia revelan, desde el marco interpretativo expuesto por Reniel, que no hubo en Puerto Rico ni en otras islas, una evolución sucesiva y unilineal de nuevas identidades a partir de un único ancestro común (el Saladoide) como lo dictó el paradigma rouseiano. El vasto conjunto de fechados radiocarbónicos ahora sí es incuestionable y contundente: nuestras diversas ramificaciones culturales en la historia precolonial fueron mucho más dinámicas y activas, incluyentes más que excluyentes. Posiblemente desde la configuración de la tradición Saladoide tardío, nuevos arreglos políticos y nuevas formas de comprender el mundo, en lo que sería el ámbito de la evolución geopolítica de las islas y de Puerto Rico, comenzaron a forjarse y marcharon por el camino escabroso de la consolidación de

ideas y creencias en las escalas locales y regionales. Emergió, a la par con las nuevas identidades precoloniales de ese periodo que oscila entre el 400 y el 1000 DC, un conjunto cuasi unificador de elementos simbólicos plasmados en diversas materias primas que nos remite a la consolidación paulatina de una visión de mundo transcultural, pero con sabor antillano. La gestación de un nuevo discurso mítico y fundacional, sumado a la simbología y a las maneras de ser y de actuar de acuerdo con la narrativa aparentemente homogeneizante que pudo ser creada alrededor de lo que conocemos como la visión Taína del periodo de contacto indo-ibérico, pues, como creación humana al fin, se convierte así en un discurso o en un medio para comunicar e interactuar en un mundo isleño culturalmente diverso y en el cual existían muy probablemente distintas lenguas, a veces incomprensibles entre ellas, como lo señalan algunos cronistas europeos del periodo de contacto para el caso de La Española.

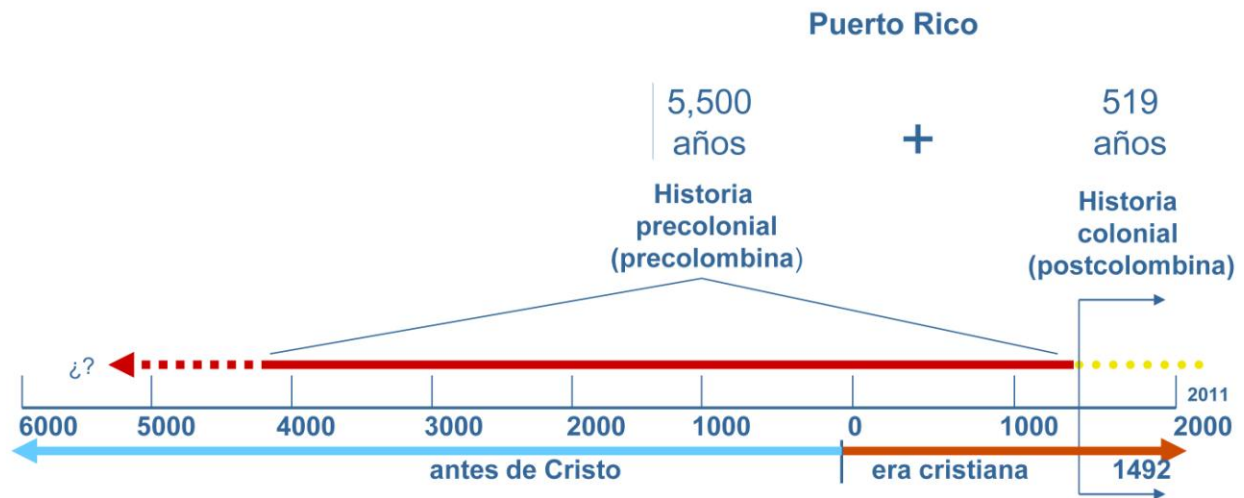
Y es así, aunque relatado y construido con gran responsabilidad y rigor académico, que Reniel nos lleva por toda la etapa final de la historia precolonial de Puerto Rico. Distinto a la clásica división que se hace de las historias y arqueologías antiguas, donde los procesos de cambio y evolución son arbitrariamente divididos en periodos y en eventos sucesivos, Reniel construye una historia precolonial multidimensional en la cual el espacio y el tiempo son constantemente remitidos a las expresiones culturales presentes para lograr, de esta forma, una mejor comprensión de la magnitud y de la importancia de las interacciones transculturales entre humanos, más que entre objetos como ha sido la costumbre en el análisis arqueológico. Fueron entonces dichas interacciones, complejas y no del todo comprendidas, las que produjeron lo que nosotros conocemos, solo parcialmente, como el Taíno en nuestra historia.

El Taíno no fue un grupo étnico en nuestro pasado. No existió una cultura Taína como la concebimos a partir de los textos de historia y arqueología clásicos. Tampoco es el Taíno un etnónimo; en fin, los pueblos indígenas de Puerto Rico y la Española, durante el periodo de contacto indo-ibérico no se llamaban a sí mismos Taínos. Surgió este concepto de una carta del doctor Diego Álvarez Chanca, compañero de Cristóbal

Colón, cuando se refirió a un evento muy específico que documentó en la isla de Guadalupe mientras indios cautivos de Boriquén —tengo entendido que eran mujeres— le manifestaron a Álvarez Chanca que ellos eran Taínos (que significa gente buena, prudente) quienes habían sido capturados por los llamados Caribes y llevados a esa isla según nos lo aclara el doctor José R. Oliver en su también importantísima obra *"Caciques and Cemí Idols"* publicada recientemente, en 2009. Acuñada inicialmente por el erudito Constantine Samuel Rafinesque en 1836, la palabra Taíno fue luego utilizada por el arqueólogo y etnólogo estadounidense Daniel Brinton en 1871 para referirse a una clasificación lingüística. Posteriormente, la palabra "Taíno" fue retomada por Jesse Walter Fewkes en el contexto cubano en 1904 y vuelve a ser reutilizada, aunque ya repetitivamente, por Mark Harrington en su libro *"Cuba Before Columbus"* (1921). Después de Fewkes y Harrington, el concepto Taíno fue utilizado insistentemente para caracterizar y, en cierto modo homogeneizar, a las culturas indígenas del periodo de contacto en las grandes Antillas.

Contrario al supuesto carácter pasivo y hospitalario del Taíno, según lo disemina nuestra historia oficial —la de Puerto Rico y también la de otras islas—, todos los elementos socioculturales que se unen para dar cierta coherencia a eso que conocemos como el Taíno se apegan más a lo que fue el surgimiento y consolidación de la ritualización del poder y al despliegue de prestigio por parte de sociedades precoloniales cada vez más jerarquizadas. Revisen el libro del amigo Reniel para que puedan darse cuenta de todos aquellos aspectos materiales, espaciales y simbólicos envueltos en estos procesos. El manejo, más la distribución espacial y temporal de símbolos en la cerámica, en las piedras y en otros materiales, al sumarse a la confección de elaborados petroglifos y pictografías y a la delimitación de espacios (e.g., plazas, bateyes) para el despliegue del poder mediante el uso de símbolos, sirven para confirmar que nuestras sociedades indígenas, cercano al periodo de contacto indo-ibérico, eran protagonistas de cambios significativos en sus historias. Se negociaban y reconfiguraban las fronteras geopolíticas desde entonces y, de hecho, no todo fue el producto de la interacción entre "nobles salva-

Al menos en Puerto Rico: 6,000 años de gestación y consolidación de nuestra identidad puertorriqueña



jes” al modo Rousseauiano de la Francia post-Ilustración.

Estoy muy consciente de lo difícil que es desarraigarnos de la imagen que nos enseñaron de los indios Taínos y de lo que implica su atribuido carácter hospitalario y bondadoso en el marco de nuestra a veces confusa identidad puertorriqueña. Reniel nos invita a todos y a todas, en su libro, a entender al Taíno, o a la tainidad más bien, en sus propios términos, dentro de su propia historicidad que ahora es más clara y realista. No hay que verlos como un grupo étnico concreto porque la realidad es que nunca existieron como tal. No hay que describirlos como buenos, en contraposición a los indios caribes, porque estos últimos fueron adjetivados indiscriminadamente a la inversa como nos lo ha mostrado el doctor Jalil Sued Badillo en muchas ocasiones: como los “malos” a quienes se les podía esclavizar o aniquilar. Rebasemos entonces, para hacerle justicia a nuestros antepasados precoloniales, la cómoda idea de verlos como gente pasiva, hospitalaria y buena para verlos como lo que realmente fueron: como un conjunto de culturas diversas y convergentes; como un conjunto de culturas activas y dinámicas interactuando con otros y junto a otros en un circuito de interacciones pan-Caribeño; como un conjunto de culturas cambiantes que en sus procesos de formación negociaron y disputaron dis-

cursos, símbolos y cosmovisiones que hoy nosotros conocemos como el mundo Taíno. Veamos al Taíno, a la “tainidad” construida durante miles de años antes de la irrupción europea a lo largo y ancho de muchas islas antillanas, como una entidad compleja, variada y fluida que aún hoy nos alcanza y nunca olvidemos, que ya nos lo ha recordado recientemente nuestro amigo el rector Miguel Rodríguez, que el llamado aborigen, el indio en Boriquén y en otras islas, nunca aceptó ni dio la bienvenida al agente invasor como nos lo ha querido vender el establishment arqueológico.

Y he aquí, a mi modo de ver, la contribución trascendental del libro de Reniel. Nos ofrece con gran cantidad de información nítidamente hilvanada, una historia precolonial puertorriqueña liberadora, una historia esperanzadora, incluyente y abierta, aunque en continua construcción. Reniel y este libro son el producto de su propio contexto histórico y debe quedar claro que en cada oración, entre cada palabra puesta en el libro se encuentra la propia especificidad del autor, su momento y sus circunstancias; su esposa Mael, sus hijos Darío y Camila, su mamá doña Sandra y sus hermanos, así como otros seres queridos y colegas que son parte integral de este magnífico trabajo. Está también, entre cada oración y al interior de ellas, el Puerto Rico que nos ha tocado vivir y el Puerto Rico al que aspiramos, al menos, algunos de no-

sotros y nosotras. Creo que todo lo anterior es un atisbo de lo que yo interpreto como el contexto sociopolítico en el cual Reniel produjo su libro. Espero entonces haber plasmado, al menos de manera implícita, algunos de los escenarios en los cuales se han producido conocimientos en la arqueología de Puerto Rico y las Antillas. Reniel produjo sus investigaciones y su libro porque era su interés y también su deber, consigo mismo y con Puerto Rico. Lo hizo con la mayor responsabilidad y honestidad posible resguardando siempre todos aquellos elementos rigurosos que definen lo que es la arqueología como campo científico y académico. Espero también que se observe, con la lectura que ustedes hagan de su libro, para qué fines él y otros que nos precedieron han producido conocimientos sobre nuestra propia identidad, pero desde la arqueología. Más que un ejercicio académico, que indudablemente este libro lo ha sido para Reniel, la arqueología que él practica y ejerce es también una búsqueda de respuestas a lo que desde antaño nos ha fascinado a todos los seres humanos: conocer quiénes hemos sido, pero eso sí, ahora desde nuestras propias experiencias, sin que otros entes lejanos y externos nos quieran decir quiénes y cómo fuimos.

Termino ya esta exposición —y disculpen el tiempo que les he tomado— citando a un pensador de la ciencia quien en el año 1962 describiría el momento del desarrollo científico que casualmente vive ahora mismo, o más bien desde hace ya algún tiempo, la arqueología caribeña:

“La ciencia normal, la actividad en que la mayoría de los científicos emplean inevitablemente casi todo su tiempo, se asienta en el supuesto de que la comunidad científica sabe cómo es el mundo [de ahí el por qué se crean paradigmas o explicaciones del mundo desde las ciencias]. Gran parte del éxito de la empresa deriva de la disposición de la comunidad a defender dicha suposición, pagando por ello un considerable precio si fuera necesario. Así, por ejemplo, es frecuente que la ciencia normal suprima novedades fundamentales porque necesariamente son subversivas en lo que respecta a sus compromisos básicos. No obstante, en la medida en que esos compromisos man-

tienen un elemento de arbitrariedad, la naturaleza misma de la investigación normal asegura que la novedad no pueda ser suprimida durante mucho tiempo. En ocasiones, un problema normal, esto es, un problema que habría de resolverse mediante reglas y procedimientos conocidos, resiste el reiterado asalto de los miembros más capaces del grupo bajo cuya responsabilidad cae (...). De esta y otras maneras similares, la ciencia normal [o el paradigma] se extravía una y otra vez, y cuando ello ocurre, esto es, cuando la profesión ya no puede hurtarse durante más tiempo a las anomalías que subvierten la tradición corriente de la práctica científica, entonces comienzan las investigaciones extraordinarias que finalmente llevan a la profesión a un nuevo conjunto de compromisos, a una nueva base sobre la cual practicar la ciencia” (Kuhn 1962).

Los episodios extraordinarios en los cuales se producen estos cambios son los que el doctor Thomas Samuel Kuhn, a quien acabo de citar, denominó asertivamente como “las revoluciones científicas” en su obra intitulada *“La estructura de las revoluciones científicas”*. Nosotros los puertorriqueños, todos nosotros los antillanos, estamos ahora mismo viviendo una de esas revoluciones científicas en la arqueología de la región caribeña y el trabajo de Reniel, más el eco de estas investigaciones extraordinarias que iniciaron claramente a finales de la década de 1970 en un reducido espacio de la UPR, retumban rítmicamente a través de todas las Antillas, y también en Estados Unidos y en Europa. Ahora sí somos agentes protagónicos en la escritura de nuestra propia historia precolonial, aunque obviamente, y distinto al *establishment* arqueológico, sin ser excluyentes.

Muchas gracias por su atención y adelante, los invito a disfrutar este magnífico libro de mi amigo, de mi hermano, Reniel Rodríguez Ramos.

Datos técnicos de la obra:

1) Serie: *Caribbean Archaeology and Ethnohistory Series*, L. Antonio Curet (editor).

- 2) Editorial: University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- 3) Año de publicación: 2010.
- 4) Número total de páginas: 267.

- 5) Estructura: tabla de contenido, lista de ilustraciones, agradecimientos, ocho capítulos, lista de referencias e índice.

NORMAS EDITORIALES

La presente publicación digital tiene como objetivo la divulgación del desarrollo de la ciencia arqueológica en Cuba y el Caribe, con una sección dedicada a América Latina que publicará un artículo por número. La misma tiene una periodicidad bianual y publica trabajos originales de arqueología en general y patrimonio que traten el tema en la región. Serán aceptados artículos de la región circuncaribeña que traten la temática aborigen en relación con el área antillana y de toda América Latina referente a la arqueología histórica y el patrimonio.

Los textos serán sometidos a revisión por pares en la modalidad de doble ciego, por lo que se garantiza el anonimato de ambas partes (autores y evaluadores). El Comité Editorial elige a los evaluadores pertinentes, reservándose la revista el derecho de admisión. Los originales serán enviados únicamente en formato digital al correo electrónico de la revista con copia al Coordinador. Una vez recibidos el artículo, el autor recibirá un acuse de recibo y será informado del resultado de la evaluación que dictaminará si el artículo es 1) Publicable sin modificaciones, 2) Publicable con modificaciones, o 3) No publicable. En el segundo caso le serán remitidas las modificaciones recomendadas y en el tercer caso, la justificación de la decisión.

Para el mejor procesamiento de la información, se solicita a los autores ajustarse a las normas establecidas a continuación.

La revista recibe textos en español e inglés (en el último caso se publican en español). La extensión máxima es de veinte (20) cuartillas para los artículos y cuatro (4) para las reseñas de libros y las noticias. Excepcionalmente, la revista podrá admitir artículos más extensos si hay razones que lo justifiquen. Se presentarán con los siguientes ajustes: formato Word; hoja tipo -A4; interlineado 1,5; fuente Times New Roman 12; texto justificado y un espacio antes y después de los subtítulos.

Se requieren los siguientes datos de los autores: nombre/s y apellido/s, grado, institución, país y correo electrónico.

Los artículos deben estar precedidos de un resumen de no más de 150 palabras. El título (Mayúsculas/minúsculas) debe estar centrado, los subtítulos en negrita y subtítulos secundarios en cursiva.

Los artículos deben estar organizados como sigue:

Título

Autores

Resumen (en español e inglés)

Palabras clave (en español e inglés)

Texto (introducción, desarrollo, conclusiones)

Agradecimientos

Notas

Bibliografía

Las imágenes, tablas, etcétera, deben enviarse en archivos separados .JPG, numeradas (Figura 1; Tabla 1). Los pies explicativos irán al final del artículo correspondiente. La revista se reserva el derecho de ajustar la cantidad de figuras de acuerdo con las posibilidades de edición.

Las referencias bibliográficas en el texto se expondrán de la siguiente manera: un autor Domínguez (1984:35) o (Domínguez 1984:35); dos autores: Arrazcaeta y Quevedo (2007:198) o (Arrazcaeta y Quevedo 2007:198); tres o más autores: Calvera et al. (2007:90) o (Calvera et al. 2007:90). Cuando las citas no son textuales, no es necesario incluir el número de página. En la bibliografía no se omite ninguno de los autores. Cuando son dos o más citas dentro del mismo paréntesis se organizan cronológicamente y se separan con punto y coma.

Las notas se insertarán manualmente con números consecutivos en superíndice y el texto correspondiente estará ubicado bajo el subtítulo Notas antes de la Bibliografía. No utilizar el comando "Insertar nota" de Windows.

La bibliografía debe estar organizada alfabética y cronológicamente.

Libros:

Guarch, J. M. (1978), *El taíno de Cuba. Ensayo de reconstrucción etnohistórica*. Instituto de Ciencias Sociales, La Habana.

Capítulo de libro:

Domínguez, L. (2005), "Historical archaeology in Cuba", L. Antonio Curet, Shannon Lee Dawdy y Gabino La Rosa Corzo (eds.), *Dialogues in Cuban Archaeology*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.

NORMAS EDITORIALES

Revista:

La Rosa, G. (2007), "Arqueología del cimarronaje. Útiles para la resistencia". *Gabinete de Arqueología*, Boletín núm. 6, Año 6: 4-16. OHCH, Ciudad de La Habana.

Tesis:

Rangel, R. (2002), *Aproximación a la Antropología: de los precursores al museo Antropológico Montané*, tesis doctoral,

Facultad de Biología, Universidad de La Habana, La Habana.

Los textos deben remitirse a:

Cuba Arqueológica

revista@cubaarqueologica.org

oh_delara@yahoo.es

EDITORIAL RULES

The present digital publication has as its objective the dissemination of the development of archaeological science in Cuba and the Caribbean, with a section dedicated to Latin America where one article shall be published in each issue. The same has a biannual frequency and publishes original works of archaeology and heritage in general dealing with the topic in the region. Articles on the Circum-Caribbean region that deal with aboriginal topics with relation of the Antillean area and of all Latin America referring to historical archaeology and heritage will be accepted.

Texts shall be submitted for review by peers in the double-blind modality, whereby its anonymity for both parties (authors and reviewers) is guaranteed. The Editorial Committee chooses the pertinent reviewers, the magazine reserving the right of admission. The originals shall be sent solely in digital format to the magazine's electronic mail address, with a copy to the Coordinator. Once the article is received, the author shall receive a confirmation of receipt and will be informed of the result of the evaluation which shall determine if the article is 1) Publishable without changes, 2) Publishable with changes, or 3) Not publishable. In the second case, the recommended changes shall be sent to the author, and in the third case, the justification of the decision not to publish.

For better processing of information, we request that authors adjust to the editorial rules established below.

This magazine receives texts in Spanish and English (in the latter case, publication is in Spanish). The maximum length is

twenty (20) typewritten pages for articles and four (4) for book reviews and news items. Exceptionally, the magazine may admit longer articles if there are reasons to justify it. Articles shall be submitted adjusted as follows: Word format; sheet type -A4; 1.5 spaces between lines; font Times New Roman 12; justified text and one space before and after the subtitles.

The following data are requested from the authors: first and last names, degree, institution, country and e-mail address.

Articles must be preceded by an abstract of no more than 150 words. The title (capital/small letters) must be centered, the subtitles in boldface, and secondary subtitles in italic.

Articles must be organized as follows:

Title

Authors

Abstract (in Spanish and English)

Key words (in Spanish and English)

Text (introduction, body, conclusions)

Acknowledgments

Notes

Bibliography

The pictures, tables, etc., must be sent in separate .JPG numbered files (Figura 1; Table 1). Footnotes shall go at the end of the articles. The magazine reserves the right to adjust the amount of figures in accordance with editorial needs.

Bibliographic references in the text shall be set forth as follows: an author Domínguez (1984:35) or (Domínguez 1984:35); two authors: Arrascaeta y Quevedo (2007:198) or

EDITORIAL RULES

(Arrazcaeta y Quevedo 2007:198); three or more authors: Calvera et al. (2007:90) or (Calvera et al. 2007:90). When the citations are not textual, it is not necessary to include the page number. None of the authors is omitted in the bibliography. When two or more citations are within the same parentheses, they are to be organized chronologically and separated by a semicolon.

The notes shall be inserted manually with consecutive numbers at the end and in the text itself shall be located under the subtitle Notes, before the Bibliography. Do not utilize the Windows "Insert Notes" command.

The bibliography must be organized in alphabetical and chronological order.

Books:

Guarch, J. M. (1978), *El taíno de Cuba. Ensayo de reconstrucción etnohistórica*. Instituto de Ciencias Sociales, La Habana.

Book chapter:

Domínguez, L. (2005), "Historical archaeology in Cuba", L. Antonio Curet, Shannon Lee Dawdy y Gabino La Rosa

Corzo (eds.), *Dialogues in Cuban Archaeology*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.

Magazine:

La Rosa, G. (2007), "Arqueología del cimarronaje. Útiles para la resistencia". *Gabinete de Arqueología*, Boletín núm. 6, Año 6: 4-16. OHCH, Ciudad de La Habana.

Thesis:

Rangel, R. (2002), *Aproximación a la Antropología: de los precursores al museo Antropológico Montané*, tesis doctoral, Facultad de Biología, Universidad de La Habana, La Habana.

Send texts to:

Cuba Arqueológica
revista@cubaarqueologica.org
oh_delara@yahoo.es

Cuba Arqueológica

Revista digital de Arqueología
de Cuba y el Caribe



www.cubaarqueologica.org